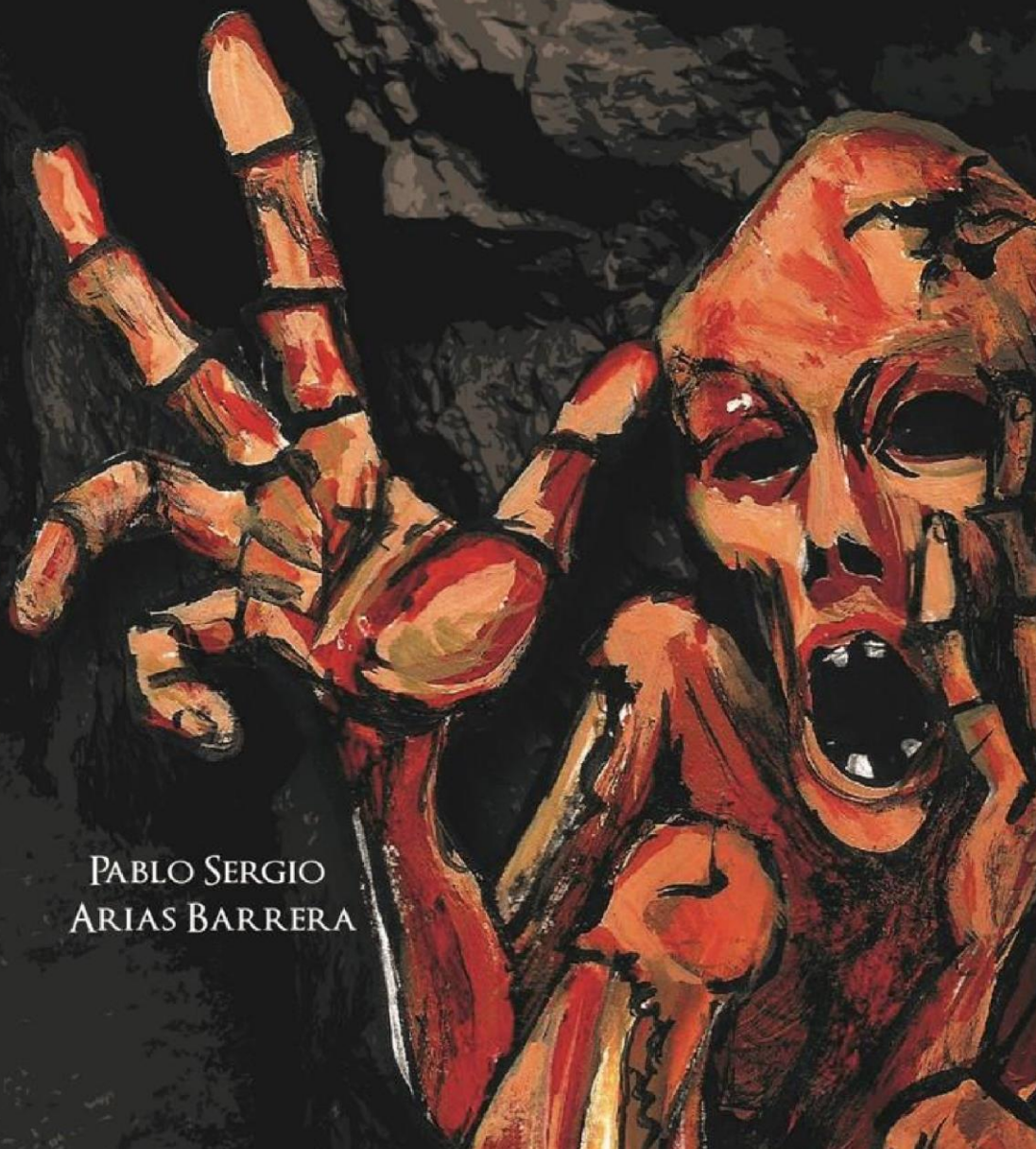


ENTRE MOMIAS Y TUMBAS

PABLO SERGIO
ARIAS BARRERA



Pablo Sergio Arias Barrera

ENTRE MOMIAS Y TUMBAS

(Sic)
Editorial
Proyecto Cultural de
Sistemas y Computadores S.A.

PRIMERA EDICIÓN

Octubre de 2017

(Sic) Editorial Ltda.

Proyecto Cultural de Sistemas y Computadores S.A.

La Casa del Libro Total

Calle 35 # 9-81

Tel: (97) 6303389

E-mail: siceditorial@syc.com.co Página

web: www.syc.com.co

www.ellibrototal.com Bucaramanga -

Colombia

ISBN: 978-858-708-918-9

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin autorización escrita del autor.

Impreso en Colombia

Nota del Editor:

La corrección de la edición ha sido responsabilidad del autor.



Secretaría de Cultura y Turismo

Didier Tavera Amado
Gobernador

Apoyo:

Gobernación de Santander y la
Secretaría Departamental de Cultura y Turismo.
Convocatoria pública de Becas Bicentenario
“Programa Departamental de Estímulos a la Creación y
Producción Artística de Santander”.
Obra ganadora en el área de Literatura, modalidad novela.



Vigilada Mineducación

Operador

1

Caminó por todo el pueblo y lo describió al detalle en su agenda de mano, habló con alguna gente, sobre todo campesinos de a pie y ancianas encorvadas de sombrero, cabello largo trenzado y vestido de flores.

Entonces fue la primera vez que lo vi, era un hombre de edad, un poco calvo y bastante amable, que a todas luces resultaba un extranjero.

Al principio no me importó que anduviera por el parque principal pues la verdad yo continuaba en lo mío, comiendo hormigas culonas y leyendo un pedazo de periódico.

Eso de la lectura lo aprendí por ser el acólito del señor cura párroco desde chiquito, él se dio cuenta de que me gustaba mirar las imágenes de los periódicos y entonces empezó a enseñarme a leer y escribir por su cuenta. La verdad es que me gustó el asunto ese de enterarme de lo que pasaba en otras partes así que aprendí rápidamente, al punto en el que al final era yo el que le leía el periódico mientras desayunaba, después de la misa de gallo de todas las mañanas. Puedo decir que me gustaba leerle porque cuando terminaba me invitaba una arepita o un caldito, o lo que hubiera, y eso sí que comen bien los curas así que yo madrugaba bien tempranito para la misa, la lectura y el desayuno.

Mi mamá es una señora buena, en su rostro puede verse todo el sol bajo el cual ha trabajado, primero ayudándole a su padre a recoger cosechas y luego, lavando trapos en la quebrada, pues cuando me tuvo el abuelo la echó de casa por no decir el nombre de mi papá, cosa que siempre será un misterio. A mí me tocaba salir corriendo de la sacristía y pasar de casa en casa preguntándoles a las doñas que si tenían trapos para que mi mamá los lavara. Las que decían que sí me tiraban la ropa sucia desde los balcones, de manera que se las llevaba a mi mamá, me ponía a jugar un buen rato y después volvía por la orilla del río para recoger los paquetes con la ropa limpia y ¡ay donde los empuercara! porque entonces las señoras no le pagaban y ella no se ponía con cuentos, eso sí que me agarraba a rejo corriendo por toda la quebrada abajo.

Ya luego cuando crecí un poquito empecé a trabajar en una cosa y otra, como ahora, que estoy con lo del tabaco. Apenas acababa de llevar una carga del caney de los patrones cuando me encontré el retazo del periódico y me senté a leerlo, entonces aquel extranjero se me acercó para decir:

—¿Te gusta leer?

Me sentí raro porque ese don se me acercó para hablar, incluso creí que conversaba con otro y hasta me volteé para mirar si de pronto había alguien detrás de mí, pero no había nadie.

No soy muy dado a hablar con extraños, pero ante el silencio incómodo opté por responder.

—Sí señor, a mí me gusta mucho leer.

El hombre pareció maravillarse, pues se me acercó más de lo que me habría gustado para continuar la charla.

Yo como que me quería ir a saludar a mi vieja, que todavía lavaba por allá en un chorrito, pero el tipo me dijo:

—Ese periódico es el de ayer. —Yo tengo el de hoy, por si lo quieres ver.

Entonces sacó de su mochila los papeles cuidadosamente plegados y yo me quedé como bobo, porque a nosotros siempre nos llegaban los periódicos con un día de retraso de manera que era como si por fin pudiera ver el presente.

No pude contenerme y le recibí los papeles para mirar las fotografías de los titulares.

Después de un rato me preguntó:

—¿Qué estás comiendo?

—¿Yo?

—Sí, ¿qué es eso?— y me indicó la paca de plátano en la que tenía unas hormigas fritas que me regaló doña Cecilia, la de la tienda, porque le ayudé a descargar la mula de la panela.

—¿Quiere?— Le pregunté, ofreciéndole.

El hombre no lo pensó dos veces y extendió su mano para sacar unas cuantas hormigas, entonces las miró detenidamente y me preguntó:

—¿Qué es esto?

—Comida—, le respondí.

No le quedó otra que echárselas a la boca y masticar con un poco de repugnancia, a los dos mordiscos descubrió el sabor de la hormiga frita y le agradó.

—¿Cómo se llama esa comida?— Me preguntó al pasárselas.

—Por acá le decimos Hormiga Culona.

—¿Hormiga?

—Sí, Hormiga—. El tipo no lo podía creer, entonces me pidió otra:

—A ver.

La observó con detenimiento, pudo identificar sus diminutas patas y su voluptuoso abdomen. Puedo decir que sintió asco por un instante pero luego se la echó a la boca y tras masticarla dijo:

—Están buenas ¿Cómo las consiguen? —

Me las dio la señora de la tienda porque...

—No, no, que ¿de dónde las sacan?

—Ah, esas salen solas de los rotos de la tierra y uno las coge con un palito o con una paca así vea—. Y le mostré el envuelto en hoja de plátano. —Luego las echan en una paila con manteca y las fritan para que queden así bien ricas.

El hombre quedó muy sorprendido ante semejante comida así que me preguntó si todos comíamos hormigas y yo le dije que sí. También intentó preguntarme desde

hace cuánto tiempo comemos de eso, pero no pude responderle y más bien me quedé mirándolo.

Él entendió mi gesto y me dijo:

—Ha... ¡el periódico!, quédatelo, te lo regalo. Pero ven, cuéntame un poquito más de todo esto. ¿Eres de por aquí cierto?

—Sí señor, yo soy de por estas tierras.

—Qué maravilla, qué maravilla, y ¿por dónde vives?

—Yo vivo allá en la finca de los patrones, yo soy “el viviente” que llaman, y vivo con mi mamá.

—¿Y tu papá?

—¡Jum!, ese ni lo conocí.

El extranjero se quedó mirándome y anotó en su agenda. A lo mejor estaba viendo mi parecido, o tal vez sólo quería detallarme. Era difícil estar a su lado y no sentirse estudiado. Él no lo hacía a propósito, era más bien algo inconsciente, como una manía de analizar todo buscando su origen, o simplemente su manera de interpretar el mundo.

Me resultó una persona muy agradable en aquella charla, sobre todo, porque comprendí lo muy ignorante que era sobre tantos temas.

Lo cierto es que fue una muy buena tarde de conversación que nos permitió volvernos realmente amigos. A mí me causaba gracia su esfuerzo por hablar y entender el español, aunque a veces no nos entendíamos y nos quedábamos mirándonos por un instante, hasta que

continuábamos la conversación, habiendo pretendido entender lo que el otro decía.

Me preguntó mucho sobre el pueblo, y la verdad sabía muy poco, cosa que me avergonzó. Debo confesar que no tuve la posibilidad de ir a la escuela, y como yo había muchos otros que ni aprendieron a leer ni a escribir, aunque afortunadamente yo sí pude, porque como ya he dicho, mi mamá me metió de acólito desde chiquito y el cura quiso enseñarme.

Él se sorprendió al escuchar mi historia, en verdad me prestaba atención como si mi vida fuera el perfecto ejemplo de algo, lo único que sé es que soy descendiente de las gentes que nunca tuvieron nada, que siempre estuvieron rebuscándose la vida como fuera, y que poco a poco han venido superándose; yo, por lo menos, ya sé leer.

En ese momento el extranjero sacó de su bolsillo un recorte de periódico que hablaba sobre una ciudad subterránea encontrada aquí, en mi pueblo, en la mesa de Los Santos o de Jéridas como era conocido anteriormente. Al principio no le entendí nada, pero cuando me empezó a hablar sobre la cueva me dejó sorprendido. La verdad es que cuando tomaba la palabra ardía en sus ojos el entusiasmo y no sé, yo creo que era contagioso, porque desde ese momento mi vida cambió, pues me di cuenta de que esta tierra era mucho más vieja de lo que podía imaginar, y empecé a sentir curiosidad sobre las gentes que la habitaron antes de nosotros. De cualquier manera, para mi imaginación de adolescente esas historias de civilizaciones antiguas que se deformaban el cráneo y

momificaban a sus muertos, me resultaron fascinantes. A partir de ese día empecé a admirar a aquel extranjero como si fuera mi maestro. Realmente yo sabía muy poco, y lo poco que el hombre alcanzaba a explicarme, me abría el entendimiento, permitiéndome interpretar la realidad desde una perspectiva nueva en la que no era simplemente un campesino con cara de indio, como decían los patrones, sino el resultado de algo mucho más significativo que eso, es como si yo realmente sí fuera hijo de estas tierras bañadas por el sudor del indio y la sangre del negro. Mi maestro siempre hacía énfasis en la importancia de conservar los restos de las civilizaciones antiguas para poder conservar su historia. Y yo mismo, empecé a sentirme como el resultado de dicho legado.

Yo no sabía nada de eso, apenas me enteré de que los hermanos José Antonio y Rodolfo Bárcenas, estaban cazando conejos cuando se encontraron un hueco lleno de indios muertos. Yo no había querido ir por allá porque realmente no me interesaba ir a meterme en un roto lleno de momias, pero, escuchando al maestro me di cuenta de que era mucho más que eso, no sé cómo explicarlo, simplemente bastaría con decir que pude mirar a la muerte sin miedo, con respeto, pero sin miedo.

El maestro me habló de muchas cosas, no sé por qué realmente lo hizo, quizá porque era el único al que se dio cuenta que podía interesarle. De cualquier manera puedo decir que me tenía en muy alta estima desde que le conté la historia del Cacique Guanentá, el jefe principal de los Guanes, quien prefirió suicidarse antes de entregarse como

esclavo a los españoles. Esas historias eran cuentos muy viejos que mi mamá me había enseñado antes de meterme de ayudante del padre. También le conté que los españoles decían que los indios de por acá preferían esconderse en cuevas hasta morir de hambre antes que dejarse coger como esclavos.

—¿Y tú cómo sabes esas cosas?

—Unas las escuché, otras las leí en los libros viejos de la casa cural—. y agregué:

—Dizque cuando los españoles ganaron la guerra bajaron con mulas llenas de oro.

—Eres muy inteligente, sabes leer y has leído más de lo que cualquiera podría imaginar—, me dijo sonriendo, luego continuó: —Tú lees mucho el periódico, ¿qué sabes de Europa? Yo vengo de allá...

—En Europa hay una guerra. Dice el cura que hay un problema con Alemania.

—Yo soy de allá—. Me dijo mirándome a los ojos, a punto de llorar.

Él garabateó un par de cosas más en su libreta y luego se quitó el sombrero y se puso de pie para decir:

—Me parece que no me he presentado adecuadamente: —Mucho gusto, mi nombre es: Justus Wolfram Schottelius. Vengo de Alemania, soy un etnólogo y, como ya sabes, estoy aquí porque me enviaron a estudiar la Cueva de Los Indios.

No me aguanté la risa al escuchar su nombre, y como que le resultó contagiosa porque también empezó a reírse a carcajadas durante algunos instantes. Luego, cuando pudo parar de reír, dijo:

—Esa es la razón por la que no le digo a nadie mi nombre.

Y volvimos a reír.

Tuve que intentar varias veces para poder pronunciar correctamente el apellido Schottelius, y cuando lo hice, se me figuró como cualquier otro, de manera que el chiste perdió la gracia. Pasaron algunos instantes de silencio incómodo antes de que el extranjero me preguntara:

—¿Te gustaría ir conmigo a la expedición en la Cueva de Los Indios?

2

Como ya saben, soy de acá, pero mi historia empieza mucho más lejos de lo que me podría imaginar. En Alemania, con un personaje muy inteligente, cuyas enseñanzas cambiarían mi destino.

Las calles están llenas de gente que camina con afán mal disimulado. En el ambiente puede percibirse una sensación de inseguridad causada por cierta euforia colectiva. La posibilidad de guerra resulta inminente y la ciudad palpita a un ritmo extraño, como en años anteriores; pero las cosas son un poco diferentes, una sensación de superioridad le da un matiz de arrogancia a ciertas mentes, mientras un odio infundado empieza a acunarse en los corazones.

Se siente miedo en todos los lugares públicos en los que se reúnen multitudes airadas que marchan con paso firme y decidido, gritando arengas y manifestando su apoyo incondicional al Führer. Mi maestro tiene miedo pues hace varios años contrajo matrimonio con la hija del consejero médico, de descendencia judía; pero ahoga sus preocupaciones con sus cátedras en las que habla de las culturas precolombinas de la América ancestral.

La pareja no habla del tema, pero ambos sienten una angustia en su pecho que termina por derrumbarlos.

Él lo intenta en repetidas oportunidades, pero ella siempre sale con evasivas, como si ignorar el problema lo solucionara. De cualquier forma las cosas nunca han sido fáciles para mi maestro.

Nadie se atrevía a hablar sobre lo que estaba pasando. Todo lo que ocurría era más bien una inercia incontenible en la que cada uno de los integrantes de la sociedad se encontraba a sí mismo ejerciendo su propio rol. La locura colectiva se alineaba con la carrera armamentista para consolidar desfiles despampanantes de armas y soldados listos para la guerra. El Führer hablaba cada vez más seguro de su poder, mientras los ciudadanos se convertían en marionetas de sus palabras.

Crear es algo bueno, creer es algo que le da esperanza al ser humano para ser cada vez mejor, el problema resulta cuando una u otra creencia busca el exterminio de las demás porque entonces algo que sirve para unir se convierte en el perfecto pretexto para separar. Ellos se amaban, querían estar juntos hasta el final de sus días, pero por cosas locas del destino ahora tenían que esconderse, andar con sigilo, permanecer callados y tratar de pasar desapercibidos entre el mar de gentes que se estaba preparando para el desastre.

Nadie lo sabía, nadie podría siquiera imaginar el horror que estaba por venir, pero entre los maltratos de los unos y los gritos de los otros, había una franja marcada por el poder, y nada es más peligroso, porque entonces se somete al otro y eso nunca puede ser bueno. El dolor debe ir de la mano con la compasión, si no, la indiferencia puede ser tan cruel como el sadismo.

La violencia llegó a su pueblo cuando armaron a los jóvenes que no conocen aún el valor de la vida humana. Desde ese momento aparecía gente muerta sin

justificación aparente. A veces se escuchaban tiros al aire y resultaban comunes las borracheras en las que se mataba a uno u otro judío por razones estúpidas.

Se supo de una ocasión en la que mataron a un tendero por no tener sencillo para el cambio de una cerveza.

Muchos judíos eran amigos de alemanes que en la noche se metían a sus negocios para robar. Muchas personas de bien, que le debían alguna pertenencia a un judío a causa de cierto viejo negocio, optaban por renegar de su deuda y darle la espalda a sus viejos amigos.

En muchas partes había letreros que decían: “comprar a los judíos enriquece a los judíos” de manera que los pequeños comercios empezaron a cerrar y muchos de sus conocidos empezaron a aguantar hambre y discriminación.

El otro día fueron testigos de la injusticia por parte de los militares para con una familia judía que tenía una tienda en la esquina de la avenida. Todo empezó como un saqueo en el que ni los militares ni la policía intervinieron para detener a la multitud enardecida que salía del lugar con los brazos atiborrados de artículos. Luego, el dueño del lugar intentó, por sus propios medios, sacar a los intrusos, pero la multitud se abalanzó sobre él y gritándole: “Cochino Judío”, le golpearon sin clemencia hasta dejarlo muerto, tirado en la mitad de la calle.

El espanto de la muerte disipó a los intrusos mientras la viuda y los 4 hijos lloraban desconsolados sobre el cuerpo machacado de aquel hombre. Ellos compraban sus

provisiones en esa tienda y el difunto era un hombre amable que siempre les saludaba con una inmensa sonrisa. La muerte les rondaba como un fantasma sin clemencia así que él tomó del suelo el ensangrentado kipá del difunto y lo guardó en su bolsillo, como si se tratase de un artículo invaluable que se debe esconder de los ladrones.

Carla lloró sin consuelo aquella noche y él no pudo concentrarse lo suficiente como para leer su fragmento nocturno de las crónicas de indias con las que le gustaba soñar desde que era niño.

A la mañana siguiente, las palabras fueron pocas en el desayuno. Apenas si se miraban a los ojos el par de esposos llenos de miedo porque la situación se hacía inaguantable. Entonces, justo después de que ella le sirviera su taza de té, él sacó de su bolsillo aquel diminuto artículo de lana, poniéndolo sobre la mesa.

La mujer empezó a llorar al verlo mientras preguntaba:

—¿De dónde sacaste eso?

—Lo recogí del piso.

—¿Por qué?

—No sé.

—No respetas a los muertos—. y se puso las manos en el rostro para llorar dándole la espalda a su marido.

—No le temo a los muertos, sino a los vivos.

—Nosotros no tenemos nada qué temer. Somos alemanes, nacimos aquí, ésta es nuestra patria—. Se repetía mientras lavaba los platos.

—Tan alemanes como el tendero y mira cómo le fue.

—Enserio no respetas a los difuntos, de tanto estudiar civilizaciones muertas nos ves a todos nosotros como muertos en vida.

—Te equivocas mujer. Tengo miedo, temo por ti.

—Yo no le he hecho nada a nadie. Yo no le debo nada a nadie, yo soy una mujer decente yo soy... y yo...

—No te quiero ver con una estrella amarilla en el brazo, no quiero que esos locos se atrevan a juzgarte simplemente porque...

—¿Por que qué? ¡Dímelo!

—No quiero discutir. Sé bien lo terca que eres. Pero tienes que entender mujer.

—¿Qué debo entender?

—Que no estamos seguros aquí. Debemos irnos. Tenemos que largarnos de todo esto. Yo tengo mis estudios, yo puedo trabajar en otro lugar, comprarte una casa, seremos felices, amor, te lo prometo.

La mujer busca los brazos de su marido para anidar su llanto. Ambos tienen los nervios desechos, la incertidumbre ronda por todas partes como un ave de mal agüero y no saben qué hacer.

—¿A dónde quieres que nos vayamos?

— No sé, no sé. Pero tenemos que irnos antes de que sea tarde.

Desprenderse de la patria no es tan sencillo como parece, además de que había que hacer preparativos, contactos. Mucha gente para esa época intentaba salir de Alemania a como diera lugar, de manera que los controles de viajes eran bastante minuciosos y todo había que hacerse con una delicadeza extrema.

Él se valió de sus contactos por ser descendiente del famoso lingüista y filólogo Justus Georgius Schottelius y del poeta Wilhelm Raabe, además de sus conocidos gracias a las conferencias sobre poesía antigua mexicana que dio por toda Alemania de manera que, después de meses de expectativa, por fin pudieron partir. Escapando de la guerra en busca de una nueva vida en el nuevo mundo.

3

El viaje fue largo y tortuoso. El mar es inclemente con los navíos que se atreven a surcar sus aguas y el día a día se convirtió en una absoluta aventura. Se abrían paso a lo desconocido y Carla estaba aterrada hasta los huesos, mientras él sentía arder en su pecho la expectativa de la aventura acompañada de la nostalgia.

Ya desde hacía muchos años se había imaginado a América y sus grandezas, pero lo que vio al llegar superó totalmente sus expectativas. América era una tierra fértil en la que había más naturaleza que concreto y eso le agradó. Le gustó encontrarse en una tierra sin muchas comodidades, pero a la vez, con un atisbo de civilización y progreso bastante curioso. La topografía le resultó inclemente, sobre todo a causa de las precarias formas de transporte y mientras Carla se quejaba por no tener las comodidades que abandonó en su patria, él se dejaba maravilliar por cada pequeño detalle que descubría tanto de la tierra como de sus habitantes.

Lo primero que notó fueron los rasgos indígenas de la gente mestiza de los pueblos por los que pasaba en su camino a la capital, que vestía, por lo general, sombrero de paja, alpargatas, camisa blanca y pantalón de lana o algodón. Se le figuró como una espléndida mezcla entre los indígenas de los que hablaba Alfonso Jiménez de Quezada y los españoles. También se encontraba con gente de traje, sombrero de ala corta y reloj de bolsillo en las pequeñas ciudades afanadas de progreso, de manera que el mestizaje

le resultaba tan evidente que en ocasiones se reía aparatosamente en un gesto involuntario que nadie podía entender. No sabía hablar español muy bien así que tenía que expresarse a señas, cosa que exasperaba a su mujer, pero que para él se convertía en delicia pues empezaba a entender algo que apenas se imaginaba.

En los pueblos aprendió que el machete no era usado como un arma, sino, más bien, como un utensilio indispensable, muy peligroso, por cierto, pero indispensable, así que cambió unas fotografías viejas de las plazas alemanas por uno, y se lo amarró al cinto con mucha gracia mientras Carla, al verlo desprenderse de los pocos recuerdos que le quedaban de su amada tierra, no pudo dejar de decir:

—Lo que me faltaba, ahora te estás volviendo indio.

Él rió a carcajadas al escucharla e interpretarla como una pataleta de niña consentida que apenas descubre lo que es realmente la vida, o a lo mejor porque sabía que no podía estar más equivocada, ya que los lugares por los que pasaban eran una perfecta mezcla de un criollismo sumiso, un extranjerismo sobre valorado y el desconocimiento absoluto de los antepasados; fenómenos que le encantaba agendar en detalle en su pequeña libreta de apuntes, mientras le hacía preguntas a los arreadores de mulas, la gente de las chicherías y en general, las personas que le recibían diciéndole —“Doctor”— por el simple hecho de no entenderle ni una sola palabra.

—Son extranjeros—, decían los dueños de casa, y las mujeres de las cocinas se angustiaban como si hubieran

llegado los patrones o ministros, y eso era algo raro, porque se dio cuenta de que estaban culturalmente acostumbrados a tratar bien a los intrusos.

Para Carla el camino a Bogotá era una total tortura, para él, era la experiencia más interesante de su vida. Profesionalmente se sentía en el lugar adecuado en el momento adecuado. Aquella tierra inhóspita y difícilmente accesible tenía un afán de progreso muy interesante, sobre todo porque a la final no era más que eso, afán, ya que a lo mejor ni cultural ni socialmente estaban preparados para el cambio. Supo que—había dos partidos divididos perfectamente por el color azul y el rojo, y se dio cuenta de que el país oscilaba entre esas dos tendencias. En definitiva, la recomendación de ir a Colombia por parte de Doña Cecilia Quijano Caballero, hija del cónsul Colombiano en Berlín, cada vez se le hacía más enigmática y por lo tanto, su deseo de adentrarse en ésta tierra era cada vez más fuerte.

La fermentación de la chicha le hizo pensar en los Mayas, los Aztecas y los Incas, aunque los autos que andaban por esas carreteras estropeadas le regresaban a la realidad, de suerte que en ocasiones pensaba en una Europa hecha ruinas a causa de una guerra que continuaba haciendo estragos en su antiguo hogar. El dinero se les acababa rápidamente de manera que era apremiante la necesidad de trabajo.

Llegó a Bogotá en una injustificable pobreza y debió permanecer algún tiempo de esa manera mientras se entrevistaba con uno y con otro político usando un español

más bien precario, para ofrecerles sus servicios catedráticos, pero en aquel momento no existía la etnografía como cátedra de estudio en las instituciones educativas colombianas, de manera que las cosas se pusieron cada vez más difíciles para aquel extranjero que terminó por perder el interés en el criollismo al catalogarlo como “simplemente predecible”.

Así pues, tuvo que vivir de la caridad de varios nuevos amigos, que le apreciaban entre la admiración de sus conocimientos y el alarde de su amistad para con los demás. Aunque a la final las quejas de Carla y las excentricidades de él terminaban por exacerbar hasta al más dedicado de los anfitriones.

Después de mucho esperar finalmente le concedieron la cátedra de etnografía, y lo nombraron como conservador del museo Arqueológico y Etnológico del Ministerio de Educación.

Resultaba evidente que las cosas empezaron a mejorar para mi maestro y Carla empezaba a encontrarse de mejor humor al recibir la dignidad que creía merecer por ser la mujer del conservador del museo, aunque en realidad, poco le importara a la gente del común.

Bogotá era una ciudad grande en su pequeñez, es decir; se percibía el afán de la metrópolis pero aún en un paisaje en el que figuraban las mulas. Había automóviles humeantes por doquier, pero también gente que tiraba su carreta con fuerzas propias. Todo resultaba un contraste de moda impulsada por los periódicos y de automóviles que se movilizaban por terrenos que distaban de ser carreteras.

En aquella época al matrimonio le encantaba leer el periódico siempre lleno de imágenes a causa de que aún existía alto índice de analfabetismo, y les gustaba porque podían encontrar partituras, caricaturas y diverso material que informaba sobre el acontecer global en un intento por mantenerse al día con la actualidad. Europa, su Europa del alma, aún ardía en llamas.

El museo requería de mucho trabajo y orden, aunque sus muestras resultaban sumamente exquisitas, pues consistían en piezas de incalculable valor. Mi maestro aprendió mucho más que cualquier colombiano promedio sobre el significado de lo que implican las raíces de ser “colombiano”, sin siquiera salir de aquellos cuartos.

Estudió las diferentes culturas propias de nuestra nación y realizó una compilación de información bastante sorprendente que daba cuenta de su minucioso trabajo y su gran experiencia con la etnografía.

Gracias a sus clases los primeros estudiantes de la asignatura comprendieron el valor incalculable de los vestigios de las civilizaciones que habitaron las diversas regiones de Colombia y una a una fueron clasificando los variados especímenes, datados de tiempos inmemorables, que condensaba la cultura y las creencias de las partes más lejanas del país.

El día menos pensado se difundió la noticia que cambiaría mi destino a través de un periódico de dudosa reputación, pues se decía que unos campesinos habían encontrado una ciudad subterránea en la mesa de Jéridas, o de Los Santos, por los lados de la ciudad de

Bucaramanga, y que las riquezas eran incalculables.

Semejante titular le quitó al sueño a mi maestro pues a partir de entonces empezó a solicitar de manera insistente que le autorizaran hacer los respectivos reconocimientos del área. Realmente poco se sabía. Todo podría ser un rumor, pero valía la pena investigarlo, sobre todo porque de ser cierto, sería, a todas luces, el mayor descubrimiento arqueológico y etnográfico en Colombia.

Habló con muchas personas y se informó lo suficiente al respecto de un territorio desconocido para él hasta el momento. Santander se perfilaba como la tierra con la que siempre había soñado para hacer sus investigaciones porque era un territorio caracterizado por abundantes fuentes de agua y montañas, su tierra era fértil y en ella se producían los más variados frutos, especialmente el café, el cacao y la caña, entre otros. Además, la posibilidad de estudiar a una antigua civilización, a toda una “Ciudad Incáica”, como lo aseguraba la prensa, le resultaba excitante.

Carla no se quería ir con él, le parecía un absoluto disparate que de un momento a otro se obsesionara con un lugar del que hasta el momento no conocía nada, pero sabía del carácter de su marido de manera que permanecía en silencio, mientras deseaba con lo más de sus fuerzas que no le patrocinaran la expedición por aquella tierra llamada Santander.

En 1940 el Ministerio de Educación lo autorizó para que viajara a hacer el reconocimiento de la cueva de Los Indios y la cueva de la Loma, en la mesa de Los Santos, Santander.

Él estuvo dichoso y se dispuso a partir con la mayor prontitud posible.

Carla solamente abrió la boca para decir:

—No voy.

Y como que se pusieron de acuerdo de inmediato porque ninguno de los dos quería enfrascarse en una discusión en la que ella saldría ganando. Además, por más interesante que fuera para él el viaje, solamente disponía de un presupuesto modesto y de un itinerario apretado. Es verdad que la investigación pudo haberse dado para estudiar durante varios meses, incluso años, pero sus patrocinadores solamente le autorizaron unos cuantos días, a los que accedió encantado, con la espera de que en el futuro se le concediera regresar de nuevo, con más equipo y en mejores condiciones.

4

El viernes 26 de enero viajó a Bucaramanga por la vía a Barbosa. Estuvo maravillado por la cantidad de montañas que componían el paisaje. Todo era una verdadera maravilla. Verdor por todas partes, aire puro, montañas, fincas y casas al borde de la carretera en las que se disponía uno que otro escaparate de madera para la venta de artículos básicos, sobre todo granos, quesos y panela.

La carretera no estaba en buenas condiciones de manera que todo el camino comieron polvo con la ventana del vehículo abajo, para contrarrestar el calor. En repetidas ocasiones él solicitó que pararan el carro para admirar el paisaje, en algunas otras se detenía para hablar con la gente y preguntarle cosas. Los que lo acompañaban no entendían lo que hacía, pero él estaba demasiado sumergido en su trabajo como para notarlo.

Cuando llegaron al cañón del Chicamocha permaneció en silencio durante un largo rato, atardecía y el río brillaba entre las dos montañas escarpadas como una serpiente de plata. Hizo que se detuviera el auto una vez más, en medio de la nada, justo antes de empezar la escarpada bajada; prendió un cigarrillo, se sentó sobre el capó del vehículo, y se dedicó a observar.

—¡Mucha belleza!— Dijo uno de sus acompañantes.

Y todos asintieron con la cabeza.

En cuanto estuvo en la ciudad se dirigió a la gobernación de Santander para presentarse. Al establecer relaciones

pudo iniciar con su investigación de manera que habló con varias personas que sabían del descubrimiento, sobre todo algunos políticos y señores importantes que tenía en su poder uno que otro fragmento extraído de la excavación. Muchas personas le refirieron información e incluso en el hotel donde se hospedaba pudo encontrar muestras de aquella cultura, como telas con motivos tejidos, decoraciones geométricas, y cerámicas, entre otros artículos que le permitieron resaltar la importancia arqueológica del lugar.

La verdad es que sintió pena ante semejante atentado cultural que hacía aquel pueblo a sus propios ancestros, pero no se lo dijo a nadie, limitándose a observar minuciosamente cada uno de los elementos que le permitían ver; aunque muchas otras personas le temían porque pensaban que les iba a quitar las muestras, de manera que siempre estuvieron con evasivas, entorpeciendo el trabajo y ocultando los más valiosos artículos que se encontraron.

Parecía que tener algo de la cueva se había convertido en alguna suerte de moda o de amuleto, de manera que cualquiera que tuviera un vehículo podía subir de fin de semana, entrar a la cueva y sacarse un “recordatorio”, por decirlo de alguna manera. Y lo más curioso es que los que le mostraban los artículos evidenciaban su ignorancia sobre la cultura, pues la gran mayoría confesaba no saber nada al respecto y que los tenían porque, si se habían conservado desde hace tanto tiempo era porque “valían” algo.

Bucaramanga le resultó bastante agradable. En todas las construcciones podía ver arquitectura de raíz colonial. Parque central colonial, iglesias coloniales, pisos empedrados. Por doquier podía encontrar a personas de piel curtida y bigote que arreaban mulas o que andaban en automóviles destartalados. Las mujeres le resultaban hermosas aunque siempre fue demasiado tímido como para cruzar más de tres palabras con alguna que no fuera la suya.

Había construcciones grandes que evidenciaban el empuje de aquella gente. Pero también había personas que no tenían nada, o casi nada, y que vivían del rebusque.

El analfabetismo era algo alarmante y al lado de hombres que vestían trajes de sastre pasaban otros con pobres alpargatas y sombreros rotos. De esos hombres había muchos que se amarraban los pantalones con lazos, a los cuales le agregaban el machete. Esas gentes evidenciaban aún más, en sus rostros y su pobreza, sus raíces indígenas. Los de traje, que era con los que hablaba la mayoría del tiempo, se referían a las gentes del común con desprecio, con términos que oscilaban entre cochino e indio, aplicando numerosas variables que no vale la pena aclarar, pero que evidenciaban un desconocimiento del otro que en cualquier momento podría resultar en tragedia.

La comida le resultó bastante particular, sobre todo porque tuvo la oportunidad de saborear una arepa amarilla de maíz tostado a las brasas que le pareció bastante agradable. También pudo comer cabro, tomar café, probar diferentes tipos de cuajadas, quesos, e incluso disfrutó de

un buen chocolate. Todo le resultó con un sabor muy natural, bastante único, por decirlo de alguna manera.

—¿Entonces usted es el doctor que mandó el gobierno pa la cueva?—

Le preguntó un humilde tendero mientras compraba tabacos.

—Sí, yo soy el encargado del estudio, yo vengo de Bogotá, del museo... —¿Qué es un museo?

— Es un recinto “sagrado” donde se guardaban los más valiosos registros de la humanidad.

— ¿Qué?

—Una casa donde se guardan cosas viejas para que las mire la gente.

—Yo también tengo cosas viejas—, dijo el hombre del trapo sobre el hombro, al indicarle algunos objetos colgados en las paredes con puntillones. Se podía apreciar un viejo mosquete, dos bayonetas y una espada derruida por el óxido, entre otras chucherías que incluían desde armas hasta instrumentos hechos con animales.

—¡Qué bonitas cosas! Le puedo preguntar... ¿Cómo las consiguió?

—Cosas viejas que mencontré en el monte. Cosas de la guerra.

—¿De la guerra?

—Sí, mi taita fue a la pelea y le cortaron el brazo, le cortaron toduesto... — Dijo el hombre, indicándole más

arriba de la muñeca. Luego trajo una foto en blanco y negro que empezaba a amarillearse.

Se podían apreciar al menos 25 hombres mal vestidos y mal armados, más bien con el aspecto de bandoleros de ruana, y entre ellos, había uno de barba espesa.

—Ése—, dijo señalando con el dedo de uñas sucias, — es mi taita.

Taita era una palabra nueva para él, pero al identificar el parecido, sobre todo, por la barba, pudo deducir que significaba: “Padre”, así que después de una breve pausa tomó la palabra para decir:

—¿Su taita murió en la guerra?, ¿qué guerra fue esa?

—Una guerra grande, entre los rojos y el gobierno, que en después eran los azules, eso por allá arriba se encontraron y se dieron plomo y machete, y al que no lo mataron quedó mocho, como mi taita, que regresó sin una mano, y así trabajó en la tierra.

—¿Hay más cosas de esa guerra por ahí? —

¡Esoesloquehabía!

—¿Cómo?

—Eso había un montón de cabezas amontonadas, y si uno buscaba encontraba una bala, un zapato, cuchillos, eso mucha gente se robó de todo. Eso hasta se robaban las calacas pa recuerdo.

El hombre sonrió mostrando los pocos dientes que le quedaban. Era una tienda que más bien parecía choza, del techo colgaban muchos objetos y hasta ratones.

Al terminar de reír le dijo a su cliente extranjero:

—Entonces aquí es un museo también porque hay cosas viejas pa' que la gente las mire.

Y ahora fueron ambos los que se soltaron a reír porque en efecto, aquella choza era el mejor registro de la Bucaramanga de arrabal de aquella época.

Se bebió varios sorbos de chicha hablando con aquel hombre de edad, pareciendo entenderle aunque la verdad se le hacía difícil comprender la mayoría de las palabras que pronunciaba el uno o el otro, pues a veces hablaban muy rápido, a veces pegaban palabras, y en otras ocasiones utilizaban términos que ni siquiera conocían.

Sus acompañantes, personas encargadas por los políticos para mostrarle la ciudad, le miraban con desagrado por beber de esas tazas, pero a él no le importaba, pues, resultaba evidente que no solamente estaba estudiando los resquicios Guanes, sino también a sus descendientes directos. El hombre, por ejemplo, de abundante cabello color negro, rostro aguileño, ojos pequeños y pómulos prominentes, le resultaba un exquisito posible descendiente de dicha tribu, aunque no podía asegurarlo con certeza. Entre más andaba por Santander y hablaba con la gente del común, más podía identificar ciertos rasgos que se podrían denominar como auténticamente Guanes, en sus rostros.

La fantasía es algo muy importante si se quiere comprender otras épocas, así que en sus tiempos libres intentaba imaginarse la apariencia de aquella tribu. No

sabía si era una o varias, lo cierto es que era una cultura de avanzada tecnología textil, y de un manejo de la cerámica bastante eficiente.

Llevaba apenas dos días en la ciudad, escasamente había visto muestras de objetos que la gente se robó de la cueva.

Escuchó hablar en repetidas ocasiones de ciertos cuerpos momificados, así que empezó a sospechar que no se trataba de una ciudad subterránea, sino más bien de una tumba. Algo mucho menos fantástico y más verosímil para las condiciones en las que se encontraba.

De todas formas, no eran más que unas simples conjeturas, pues no se podría asegurar nada si no se estaba en el terreno. Lo bueno fue que por fin pudo realizar los trámites correspondientes para poder continuar con su expedición.

—Mañana es el día de la verdad—, se dijo a sí mismo en un alemán bastante cuidado.

—Mañana por fin podremos conocer a los Guane, o, al menos, lo poco que dejaron de su rastro.

Entonces rió completamente solo, pues, nadie le entendió.

5

La carretera a Los Santos se encontraba aún en peores condiciones así que hizo parada en Floridablanca. Algunas cosas había leído sobre la fundación de la ciudad, pero en verdad eran datos muy escasos así que se limitó a observar

a la gente en la plaza e incluso intentó garabatear algunos dibujos en su agenda de mano.

Los pastizales eran abundantes, al igual que los animales y todo el paisaje gozaba de un hermoso color verde con un poco de amarillo. Se sentía refrescantes oleadas de viento al aproximarse a Piedecuesta, lugar antiguamente llamado “Mene” por los indígenas hasta que los españoles lo conquistaron y le pusieron Pie de la Cuesta, que era una vereda de Girón pero que, gracias a la construcción de una parroquia, se pudo convertir en municipio independiente llamado Piedecuesta.

Allí se sorprendió al ver dos iglesias a lado y lado de la alcaldía municipal, cosa curiosa ya que en ningún otro lugar de Santander había visto semejantes construcciones tan próximas una de la otra.

Le preguntó a mucha gente joven el porqué de ambas iglesias, y la mayoría no lo sabía muy bien. Al preguntarle a algunos de mayor edad, se enteró de que los rumores, decían:

—Dizque habían matado a más de uno ahí, en la iglesia blanca, llamada la del Perpetuo Socorro, en plena eucaristía y todo y que los curas no habían querido volver a dar misa hasta que no se construyera otra iglesia—.

Luego le preguntó a algunos ancianos sentados alrededor de la fuente del parque:

—Todo fue porque en el atrio de la iglesia mataron a uno, y eso fue hace mucho tiempo, en la época de los españoles, así que se dijo que era sacrilegio y entonces

mandaron a hacer la iglesia de Francisco Javier a punta de piedra picada que sacaban los negros traídos de África para construirla.

La sabiduría de los ancianos que dormitaban en el centro de las plazas le resultaba bastante sorprendente, aunque la mayoría de la gente los tildara de poseídos por la chicha, todas esas historias concordaban, porque ambas iglesias correspondían a dos etapas diferentes de la arquitectura colonial española.

Piedecuesta le resultó un lugar bastante agradable porque contiene diferentes pisos térmicos gracias a numerosos valles, montañas y colinas.

La subida al municipio de Los Santos se le figuró bastante difícil al automóvil de la policía departamental y en varias oportunidades debieron detenerse para arrojar piedras a los lodazales propios de la carretera.

Hubo un momento en el que los que estaban en el carro, a excepción del conductor, debieron descender del mismo para empujarlo colina arriba. La máquina rujía como a punto de desbaratarse mientras todos empujaban con lo más de sus fuerzas para que no se les viniera encima. Los zapatos, llenos de lodo, chapoteaban entre la tierra amarilla y más de un insulto fue pronunciado entre forzada y forzada.

Finalmente pudieron continuar con su camino, cuesta arriba, en donde cada vez era mejor la vista y los verdes de las montañas se hacían más claros, más fértiles y más distantes.

Al arribar a la mesa la planicie sorprendió al extranjero, que debió meter las manos adentro de la ruana mientras contemplaba el horizonte de pastizales, árboles y sembradíos de tabaco. Una sonrisa se escapó de sus labios pues sin duda aquella tierra poseía todo lo necesario para que las civilizaciones precolombinas la habitaran.

El conductor tomó la palabra para decir:

—Por allá, por esa trocha, hay un salto de agua. —Eso es múcholo alto—. aclaró.

—¿Cómo dices?

—Eso es mucha agua la que cae.

—Ah... ¿Es una cascada?

—no, un salto.

—¿Un salto?

—Sí, por donde cae el agua. Por ahí baja el agua hasta que forma un río que se pierde por allá lejos.

—¿Podemos ir?

—Pero es que el pueblo queda pal otro lado.

—Y... ¿Es que queda muy lejos el “salto”?

—Uno o dos chicotes, dependiendo.

—¿Chicotes?

—Sí, pa’ fumar.

—Ha, cigarros. ¿Pero cómo es eso de chicotes?

—Uno se fuma dos chicotes y llega, pero eso es caminando. En el carro, ni se sabe, porque eso no hay buena carretera.

—Vamos entonces para el pueblo. Luego, si nos queda tiempo, vamos a conocer el salto que tú dices.

—Bueno doctor, usted se lo pierde.

—¿Ustedes han ido a la cueva?

—No, la verdad no.

Venían dos personas con él, el chofer y un ayudante, ambos eran policías y estaban encargados del carro. Al principio ni se determinaban, siempre manteniendo una distancia más bien apática, pero a medida que andaban se hablaban cada vez más. Los policías admiraban al doctor a pesar de que su orgullo les impidiera aceptarlo, pero también le detestaban porque sabían que era un extranjero y que a pesar de serlo la gente estaba dispuesta a tratarlo incluso mejor que a ellos, sus paisanos. Así mismo, se burlaban de él porque su manera de hablar español era extraña aunque esforzada, ya que siempre podía detectársele el acento alemán que desfiguraba las palabras castizas y las hacía incomprensibles. Además, se reían de él cuando intentaba hablar con campesinos porque sabían que ni uno ni otro se entendían, pero aún así continuaban hablando, contándose cosas, como si se conocieran de toda la vida.

Se puede decir que se la llevaban bien pues compartían el entusiasmo por adentrarse en la cueva, ya que ninguno sabía de qué se trataba realmente. Para el investigador era

la mejor experiencia profesional de toda su carrera, para los del carro, era simplemente un paseo inolvidable, o, como ellos dirían:

—¡Un paseotote!

Llegó a Los Santos cerca del mediodía del domingo 28 de enero. Allí lo recibió el alcalde don Estalisnao Moreno C, con bastante formalismo pues estaba enterado de su llegada por parte del Ministerio de Educación y de la Gobernación de Santander, quienes ya habían adelantado los trámites correspondientes para facilitar las investigaciones.

Los Santos se le figuró un pueblito bastante bonito en el que el sol inclemente azotaba los sembradíos; el alcalde le dijo que principalmente cultivaban tabaco y que en buenos tiempos podían sacar hasta 10.000 cargas, pero que para ese año en particular el calor había sido demasiado de manera que temían que apenas pudieran producir unas mil. Hablaron sobre varias cosas, le mostraron el pueblo, la iglesia y las edificaciones principales. También le invitaron un buen almuerzo, digno del comensal de la alcaldía, cosa que agradó enormemente a los policías que venían en el carro.

Mientras cenaban el alcalde tomó la palabra para decir:

—Entonces el señor doctor viene de las alemanias.

—Sí, señor, yo vengo de Alemania.

—Y cuénteme... ¿cómo son las cosas por allá por las Europas?

—Pues... la verdad...

—Eso debe ser una maravilla por allá, porque eso es mucho lujo, eso es una belleza, eso mejor dicho. Una vez un amigo de un pariente trajo unos prendedores de oro y le regaló uno a mi mujer, qué hombre tan formal.

—Sí, la verdad es que Europa siempre ha sido muy...

—Ha, pero el hombre venía de España. Es que antes por aquí había mucho español. Un tío mío de segundo grado era español. De apellido Galán, ¿lo conoce usted?

—No. La verdad no tengo mucha relación con España.

—¡Ha cierto! Que usted es de las Alemanias, cuénteme, ¿es muy bonito por allá? ¿Cómo están las cosas por esas tierras?

—Sí, es muy bonito y la verdad es que bueno... las cosas no están muy bien que digamos.

—¿Y eso?

—Estamos en guerra.

El alcalde se tragó sus propias palabras y permaneció en silencio. Algo había escuchado sobre una guerra en Europa. Luego volvió a tomar la palabra:

—¿Usted es casado?

—Sí, señor alcalde. Mi mujer ahora mismo está en Bogotá.

—¿Y tiene hijos, Doctor?

—Sí, tengo una hija.

—¿En Bogotá, también?

—No, ella está en Argentina, con el marido.

—¿Y eso por qué tan lejos?

—Por la misma razón por la que estoy aquí.

—¿Para ir a investigar indios por allá en Argentina?—
Dijo el alcalde justo antes de soltarse a reír.

— No señor, por la guerra.

Entonces las risas se enmudecieron por un buen rato.

Al terminar de comer bebieron unas cuantas copitas de coñac, entonces nuevamente hizo un intento por retomar la conversación:

—Por acá las cosas no son tan pacíficas que digamos, doctor... pero dígame: ¿cómo le ha parecido Colombia? —
Es un país extraordinario. Muy grande y muy bello.

Todos los que lo escucharon se sintieron orgullosos de haber nacido en ésta tierra.

-Y... ¿qué es lo que más le gusta de acá?

-Que nadie me persigue.

6

—¿Te gustaría ir conmigo a la expedición en la Cueva de Los Indios?

Esa pregunta me dejó atónito. Realmente a mis 15 años jamás pensé que iba a formar parte de una expedición arqueológica, de hecho, ni siquiera sabía lo que significaba.

—¿Yo?

—¡Sí!

—¿A dónde?

—A la cueva.

Lo pensé por un momento, luego le dije:

—Toca preguntarle al cura párroco, si quiere vamos y se lo presento. ¡Ay Dios, ya es hora de la misa de cinco!

Fuimos a la iglesia y tuve que alistarme a toda velocidad para acompañar al cura en la eucaristía; el extranjero participó con mucho respeto en la ceremonia.

Cuando se acabó la misa se lo presenté al reverendo, y él le dijo con mucha cordialidad que le invitaba a cenar en la casa cural, así que caminamos hasta llegar a la casona de pasillos amplios y floridos. Allí mi primer maestro, el cura, quien en sus cantaletas y regaños me había enseñado a leer y a escribir, atendió a su importantísima visita.

El padre mandó a preparar un plato especial para la cena. A decir verdad, se encontraba de un humor espléndido por tener la visita de un personaje extranjero tan ilustre.

Se notaba que el profesor Schottelius deseaba seguir hablando conmigo, enseñándome cosas, pero el párroco no dejaba de hablarle. Le preguntaba por Europa, por la guerra; eran interrogantes bastante imprudentes sobre temas sensibles de los que el etnólogo prefería guardar silencio, pero el cura continuaba hablando de una cosa y de otra, comentaba sobre su viaje a Roma y se carcajeaba cada vez que decía:

—Allá si hay cultura, todos son señores y doctores, no como aquí que todo está lleno de indios tercos como mulas—.

El extranjero prefería no opinar aunque no ocultaba su desagrado al escuchar a un colombiano hablando así de su propia gente.

La cena estaba muy deliciosamente preparada y para el comensal resultó toda una experiencia pues se trataba de la famosa “pepitoria” de la que tanto había escuchado hablar en Bucaramanga.

—Disculpe, Padre. Me pregunto con qué ingredientes se prepara este arroz que ustedes llaman “pepi...” ¿cómo es? ¿Pepitoria?— No pude evitar soltar la risa porque esa palabra se le dificultó mucho al extranjero, aunque se esforzó notablemente por pronunciarla correctamente.

Parecieron ignorar mis risas porque continuaron su charla como si nada:

—Ah, este es un arroz deliciosísimo que se hace por acá. Eso tiene de todo, verduras, sangre, además de vísceras y carne de cabro.

—Verdaderamente es delicioso—, respondió el invitado y luego de tragar una cucharada más de aquel arroz que le resultaba a la vez delicioso y particular, continuó: —Me enteré de que por acá la gente come hormigas.

—No les haga caso, eso son los descendientes de los indios que se la pasan comiendo porquerías.

—La verdad es que me parecieron muy buenas y le preguntaba... pues porque... me gustaría saber cómo hago para conseguir más para llevarlas a la capital. Es muy probable que sean un alimento rico en proteínas y la verdad...

—Esos animalitos salen de la tierra por temporadas, pero eso quién sabe desde hace cuánto tiempo la gente de por acá se come esas cosas, la verdad yo no las he probado porque me parece que son una cosa desagradable con patas y todo.

—A lo mejor lo que le falta es eso, **PROBARLAS**, seguramente al saborearlas se dará cuenta de que es algo “deliciosísimo” que solamente se da por estas tierras, además de que puede ser un legado cultural milenario de la región y eso las hace una costumbre alimenticia absolutamente invaluable.

—Invaluables. Vea usted, en estos días, ya ni se sabe lo que verdaderamente tiene valor.

Así continuaron hablando, el cura siempre pretendía tener la razón pero el extranjero a veces le llevaba la contraria, sobre todo, cuando se refería en malos términos a las tradiciones antiguas, de manera que finalmente el cura

párroco empezó a cambiar de humor y entre otras cosas le dijo:

—Entonces usted es el que mandaron a estudiar la Cueva de los Indios.

—Así lo es, en efecto.

—Esos lugares del diablo deberían es quemarlos.

—¡Nada de eso! ¿Por qué lo dice?

—Eso es un entierro de Indios que adoraban al demonio. ¡Dios nos ampare!—, exclamó santiguándose. Yo también me santigué, porque conociéndolo, va y me da un coscorrón si no lo-hago.

—Discúlpeme pero no estoy de acuerdo, esas cuevas son importantísimas porque por dentro tienen la evidencia de lo que había aquí antes de todo esto.

Fue la primera vez que vi a alguien que se atrevía a contradecir lo que decía un cura, y lo hizo con tal delicadeza que su oposición no resultó grotesca ni su reclamo grosero.

—¿Quiere decir que antes de que llegara nuestro Señor a estas tierras?

—Pues la verdad me refería a antes de los españoles, que es casi lo mismo, porque los españoles fueron los que trajeron la religión cristiana que...

—Mida su lengua doctor Schottelius, que si estuviéramos en otra época ya se la habrían cortado.

—Nada de eso, yo mido perfectamente mis palabras, y me disculpará su excelencia pero no puedo permitir que

toda la historia de un pueblo que estuvo aquí, y que fue víctima de los españoles, se pierda como baratijas de feria.

—Pues no va a encontrar más que baratijas y huesos de paganos—. Dijo el sacerdote, bastante airado pero conservando la cordialidad.

Permanecieron en silencio por unos cuantos minutos en los que se concentraron en su cena, luego el extranjero tomó la palabra para decir:

—Por cierto, su excelencia, Juan Diego, un muchacho bien instruido por su persona, me comentó de unos libros viejos que hablan sobre algunas cosas propias de las tribus que encontraron los españoles y evangelizadores al llegar a estas tierras.

—Juan Diego es un buen muchacho, muy inteligente, por cierto. Aprendió a leer con mayor presteza que cualquier hijo de familia educada, pero aún no sabe cuándo mantener la boca cerrada—.

En ese momento me miró como si quisiera quemarme en la hoguera y yo sentí deseos de que me tragara la tierra, pero luego continuó:

—La verdad es que esos libros son muy viejos y a estas horas no tengo deseos de ir a sacarlos de los escaparates, si desea... otro día... con mucho gusto, doctor. —
Padrecito—. Me atreví a interrumpir corriendo el riesgo de recibir un coscorrón.

—¿Qué quieres Juan Diego?

—El doctor me invitó mañana a subir a la cueva.

El párroco volvió a mirar a Schottelius y él se sonrió. Luego tomó la palabra para decir:

—¿Y yo que tengo que ver con eso? Pregúntale a tu madre si está bien ir de holgazán en lugar de trabajar la tierra o hacer algo útil.

— Mi mamá me deja ir con el doctor, yo le pregunto es porque salimos muy temprano y no puedo acolitarle la misa de gallo.

El cura se quedó en silencio por un instante, luego bebió un trago de su copa de vino y dijo:

—Señor Schottelius, tengo entendido que es usted un doctor muy sabio y creo que puede instruir muy bien al pobre de Juan Diego, el hijo de la lavandera. Así que, si usted cree que la compañía del muchacho le sirve de ayuda, yo no veo ningún problema con que lo acompañe.

7

Partieron muy temprano a la mañana siguiente para encontrarse con los hermanos José Antonio y Adolfo Bárcenas, que eran hijos de un finquero de la mesa de Los Santos y que fueron los descubridores de la cueva.

Ambos resultaron ser personas muy amables y sencillas que no estaban acostumbrados a recibir visitas, mucho menos de extranjeros, pero que hicieron todo lo posible por atender de la mejor manera al profesor Schottelius.

Después de la presentación del policía los muchachos le contaron al extranjero todo lo que les había ocurrido. Yo estaba entre ellos y apenas si me determinaban para ayudarle al profesor a descargar sus pertenencias, pero de todas maneras pude escuchar lo que decían.

Resulta que el 6 de agosto de 1939 los hermanos Bárcenas se despertaron muy temprano porque tenían que ir a ordeñar las pocas vacas de la familia. Cuando terminaron llevaron la leche en la cantina hasta la casa y recibieron un buen desayuno con arepa de maíz pelado y chocolate. Entonces se sintieron con ganas de dar una vuelta y como hacía poco les habían regalado una escopeta, decidieron salir a estrenarla cazando algo.

La verdad es que al principio la caza fue muy poca. Más bien se la pasaron echando tiros a un lado y a otro mientras jugaban con el perro. Cuentan que Adolfo le disparó a un pájaro de pecho amarillo pero eso no quedaron ni las plumas del pobre animal. Luego se fueron a caminar por

allá al pie de la peña, donde en días pasados habían visto a dos conejos.

Entrada la mañana los rayos del sol los calentaba cada vez con mayor intensidad y el hambre se hacía más apremiante de manera que ahora sí empezaron a cazar enserio.

El perro se les adelantaba varios metros para rastrear a cualquier animal silvestre que hubiera pasado por ahí y cada vez se acercaron más a la peña, donde había escondrijos entre las grietas y los matorrales que crecían al pie de las salientes.

Se podía encontrar por todas partes cualquier tipo de piedras grandes que se habían desprendido hace mucho tiempo y que, junto a otras, creaban los escondites perfectos para las madrigueras de los conejos.

Entonces el perro salió corriendo detrás de algo y los hermanos lo persiguieron hasta llegar a un roto en el suelo, era un hueco pequeño, entre dos piedras, y no lo dudaron para soltar el tiro.

Contaron que apenas si se escucharon los chillidos de un conejo que salió echando sangre por el otro lado de la madriguera; en ese momento el perro lo atrapó sin el mayor reparo y entonces por fin pudieron obtener el primer conejo de la jornada.

Se llenaron de entusiasmo y continuaron su caminata al lado de la peña, metiéndose por lugares que eran poco frecuentes para la gran mayoría porque no era más que piedras por todos lados y matorrales de maleza y espinos.

El perro iba adelante y de cuando en cuando empezaba a ladrar y emprendía la carrera de manera que los hermanos lo perseguían, presurosos, buscando los preciados conejos. En algunos casos podían darle a los animalitos y en algunos otros no, como que se los tragaba la tierra porque el perro les perdía el rastro y tenían que volver a empezar a buscar de cero.

La caminata se extendió hasta la tarde. Los hermanos cuentan que llevaban buen mecato, una paca de hormigas culonas, dos arepas de maíz pelado para cada uno y un pedazo de panela. Eso sin contar el tabaco porque esos dos hermanos fumaban más que chimeneas.

Hicieron la siesta a la sombra de un guayabo que estaba cerquita a la peña; en la mitad de un potrero bien cuidado en el que antes habían sembrado tabaco y que tenía el pasto cortico gracias a las cabras. De hecho, vieron uno que otro animal de esos por el camino pero el taita de ellos no les había permitido cazar cabros de manera que les tocaba dejarlos quietos.

Se quedaron dormidos apenas terminaron el mecato, y pudieron haber dormido mucho más si no hubiera sido por el perro que empezó a ladrar como loco y a hacer carrerillas de un lado a otro, como para despertarlos.

Sintieron deseos de volver a casa, al fin y al cabo ya tenían tres conejos para la cena, pero el perro estaba más bullicioso que de costumbre así que optaron por hacerle caso.

Resultaba evidente que el animalito había rastreado algo, y parecía que era grande porque se metió por entre la maleza. La verdad es que los hermanos no querían meterse por esos matorrales tan feos, llenos de ortigo y de pastos altos que picaban, pero el perro ya había emprendido la carrera así que no les quedaba otra opción que seguirlo, sobre todo porque era un buen cazador y les daba pesar que se perdiera y no pudiera llegar a casa.

Bajaron bien pegaditos al borde de la peña y cuando por fin alcanzaron al perro, el animal tenía un conejo pardo y gordo entre la jeta. Los hermanos se miraron y sonrieron porque en efecto había valido la pena tanta carrera. José Antonio se había ortigado una mano y le rascaba bastante, entonces Adolfo le dijo que se echara orines para que se le quitara la piquiña y como que no quería hacerle caso, hasta que le dieron ganas de orinar y entonces estuvo presto a hacerse el remedio.

Estaban en medio de la nada, entre matorrales y matorrales de ortigo, pasto y cuanta maleza pudiera encontrarse por esa región. Adolfo tenía la macheta de manera que se la pasaba tratando de arreglar el paso pero la verdad, según las palabras de ellos mismos:

—Eso estaba mucho feo.

Se subieron a una piedra grande para salirse de la maleza y entonces pudieron ver el paisaje en el que estaban, a un lado, la peña escarpada llena de diferentes piedras y minerales así como de grietas salientes y repisas. Por el otro lado estaba el cañón que había formado el agua así que se

podía ver por allá, lejos, las montañas que se perdían en el horizonte en un verdor de fertilidad inigualable.

Entonces el perro volvió a emprender la carrera y se volvió a perder entre los espinos y las ortigas. Ambos hermanos se sentían exhaustos y estaban bastante incómodos ante las condiciones en las que estaba la vegetación del lugar, pero una vez más el perro les obligaba a seguir por aquel trecho en el que nadie había estado hacía muchísimo tiempo.

Cuando por fin alcanzaron al canino, el animalito se metió por entre dos piedras que estaban la una superpuesta sobre la otra. Ellos no se dieron cuenta al principio, pero luego el perro empezó a ladrar desde adentro de manera que tuvieron la impresión de que estaba en un lugar considerablemente grande.

El menor de los hermanos le confesó al profesor que le dio miedo por el perro, va y se perdía o de pronto lo mordía una culebra y se quedaban sin semejante compañía. Los Bárcenas acariciaban al perro que hizo el descubrimiento con mucho cariño mientras nos contaban su historia desde la comodidad de su hogar; aún era muy temprano y todos bebíamos aguadepanela con arepa y queso, mientras los escuchábamos atentamente, sin perder detalle, pues apenas empezaban a narrar lo más interesante.

Contaron que llamaron al perro para que se saliera del roto en el que se había metido. Eso le silbaban, le ofrecían comida, y como que el perro no encontraba la salida porque se escuchaba chillar y ladrar desde adentro.

Por unos cuantos minutos los hermanos sintieron angustia por el animal y entonces se dieron a la tarea de deshierbar ambas piedras y su alrededor, al punto en el que podían ver mejor el lugar en el que se encontraban.

En ese momento y sin previo aviso, el perro salió por el mismo hueco que había entrado, pero trayendo un trapo viejo entre los dientes.

Al principio pensaron que era un animal y se lo quitaron de la boca entre regaños, por no haberles hecho caso, pero cuando el animalito lo soltó se dieron cuenta de que era una tela de color blanco y negro bastante gruesa. Al observarla con mayor detalle se dieron cuenta de que era una especie de mochila, cosa que les resultó muy atractiva y entonces sintieron deseos de entrar, de manera que se dispusieron a continuar deshierbar el terreno y se dieron a la tarea de correr algunas piedras que dificultaban el acceso.

En cuestión de una hora pudieron remover todos los obstáculos que impedían la entrada de manera que, por fin, en más de 400 años, alguien podía ingresar a la cueva.

8

Al terminar la charla nos dispusimos a caminar hasta la cueva. Según los Bárcenas el camino estaba mucho mejor arreglado que cuando ellos fueron por primera vez pero tanto a los policías como al profesor y a mí, nos pareció un camino bastante difícil. La verdad es que no había camino si bien se podía distinguir un pequeño sendero abierto con machete, que poco a poco aparecía y desaparecía entre la maleza.

Todos andábamos con machete en mano, uno detrás del otro, abriendo paso, caminando, saltando de una piedra a otra y en algunos casos resbalando hasta quedar completamente sumergidos en la vegetación.

El profesor Schottelius se veía desgastado, para su edad la travesía resultaba bastante extenuante si bien el clima se le antojaba más saludable que el de Bogotá. De todas formas pudo mantener el ritmo de caminata de los Bárcenas. Primero para subir al borde de la pared de roca y luego para sortear todo tipo de obstáculos en el descenso.

Por el camino empezó a hablarnos a todos, aunque la verdad yo sentía que me hablaba a mí:

—Muchachos, esto que tienen aquí es algo muy importante.

—¿Vale mucha plata?— Preguntó uno de los policías que venía con nosotros.

—¡No, no se trata de plata!

—¿Entonces por qué dice que es importante?

—Pues, porque lo que hay en esa cueva es mejor que la misma plata.

—¿Tonces hay oro?— Preguntó el policía que venía conduciendo.

—No, eso no hay ni plata ni oro, eso fue lo primero que buscamos cuando nos dimos cuenta del entierro, pero eso no hay sino esqueletos de indios envueltos en trapos y unas tazas de barro—. Respondió el mayor de los Bárcenas.

—Eso quién sabe, si había plata, si había oro, no se sabe porque a lo mejor ya se lo robaron—, agregó el otro hermano.

—No, nosotros no venimos a buscar ni plata ni oro. Nosotros venimos por cosas más importantes que eso. ¿Es que enserio no se dan cuenta de lo importante que puede ser todo esto?

—Eso fue lo que había acá antes de que llegaran los de España—. Me atreví a decir yo, más bien con timidez.

—Exacto Juan Diego. ¡Exacto!

—¿Y pa qué sirve ir a buscar trapos viejos de los indios?— Volvió a preguntar uno de los policías.

—Eso trapos más bonitos es lo que uno consigue en el centro. Eso se consiguen telas traídas desde las mismas Europas. Yo no entiendo esa vaina de ir a buscar cosas viejas, ¿eso pa qué sirve?— Agregó el conductor.

—Eso sirve para uno poder saber cómo eran las cosas por acá antes. Cómo era la gente de esos días. Uno ve todas esas cosas y uno dice vea, aquí las cosas eran así, de esta

manera, la gente pensaba esto y aquello...— agregué yo, tratando de interpretar el interés del profesor.

—Tienes razón Juan Diego. Tienes mucha razón. Lo que hay en esa cueva vale más que el oro y la plata, porque es la historia de la gente que vivió por estas tierras. Y eso es muy importante, porque uno debe saber de dónde viene, y les aseguro que todos ustedes de alguna manera tienen relación con esas gentes que están ahí enterradas.

—¿Cómo así?— Preguntó uno de los Bárcenas.

—Pues que a la final—nosotros también somos indios—. Respondí yo, acordándome de que el cura párroco siempre nos dice así.

—¡A mí me respeta!— Agregó uno de los policías, notablemente molesto— ¡Yo no soy ningún indio!

—Tranquilos, tranquilos muchachos—. Dijo el profesor con la intención de calmar los ánimos. — Ninguno de ustedes se puede decir que sea indio totalmente. Eso fue hace mucho tiempo, luego vinieron los españoles y se adueñaron de estas tierras y supongo que hubo un proceso de mestizaje mientras se consolidaban los territorios.

—¿Mesti... qué?— preguntó el mayor de los Bárcenas.

—Mestizas—. Respondió uno de los policías y entonces todos nos pusimos a reír.

—¿Qué es “mestizas”?— Preguntó el profesor, al no haber entendido el chiste.

—Eso es un pan redondo que es más durito y oscuroito que el otro—. le aclaré.

—Mire—, le dijo uno de los Bárcenas, alcanzándole una mestiza que tenía en el bolso.

El profesor se quedó analizando a aquel pan que en Bogotá había conocido por el nombre de “mogolla” o “sema”, durante unos momentos, en los que todos caminamos en silencio, luego tomó la palabra para decir:

—Vean ustedes muchachos, el mestizaje ha sido tan importante en este territorio que hasta se le dice “mestiza” a un tipo de pan que no es blanco como el que acostumbraban a hacer los españoles, pero que tampoco es negro, como se puede apreciar.

—Pero entonces ¿qué es mestizaje?— Preguntó el mayor de los Bárcenas.

—No sé cómo decirlo, es un... una... ¿cómo dicen ustedes acá? Una mezcla. Es como este pan, que no es ni blanco ni negro, es un pan mestizo.

—Osea que nosotros no somos ni españoles ni indios— Aclaré yo, al haber entendido perfectamente el ejemplo del maestro.

—Buen trabajo Juan Diego, se nota que tienes madera para esto de la etnología.— Dijo el profesor Schottelius.

—¿Etnolo qué?— Le pregunté.

—Etnología—. Respondió el extranjero, y luego aclaró: —Es la ciencia que estudia a los diferentes pueblos y culturas de diversas épocas para compararlos o establecer relaciones entre ellos.

Todos nos quedamos mudos ante semejantes palabras. Después de unos cuantos metros más de caminata me atreví a decir:

—Osea que usted nos está mirando a nosotros para compararnos con los indios de la cueva.

El profesor se detuvo al instante cuando me escuchó y no pudo hacer más que sonreír.

—Sin duda tienes corazón de etnólogo, Juan Diego. Me gustaría que estuvieras algún día en la escuela de etnografía en Bogotá, allí podrás aprender mucho ¡sobre tantas cosas!

—¿Como las pirámides de Egipto y esas cosas?

—Sí, como todo lo que te conté ayer en la tarde.

—Entonces usted piensa que nosotros somos indios—
Intervino molesto el policía.

—No, no, de ninguna manera. Ustedes son mestizos. Ustedes tienen parte española y parte indígena, eso es lo más curioso de todo.

—Yo no me lo creo—. Agregó el hombre.

—Por ejemplo, las hormigas culonas... a ustedes les gustan ¿cierto?

—Sí—. Respondimos todos al unísono.

-Pues, comer esas hormigas es algo que no hacen los españoles, ustedes debieron heredar esa tradición de sus antepasados, quienes a su vez la aprendieron de sus antepasados, y así podríamos volver en el tiempo hasta encontrar a los “indios” de esa cueva a la que vamos.

-¿Es decir que comer de esas hormigas es costumbre de indios?- Le pregunté.

- Sí, en efecto-. Me respondió.

-Con razón son tan buenas-. Concluyó el mayor de los Bárcenas.

9

Al llegar a la cueva el panorama era desolador. El profesor jamás se habría imaginado semejantes condiciones. Desde la entrada podían apreciarse rastros de huesos humanos, cuentas de collares pisoteados y retazos de telas.

Ya sabía que había sido frecuente el saqueo del lugar, pero lo que encontró le dejó simplemente sin palabras. La verdad es que a todos los que estuvimos presentes nos dio un poco de tristeza.

Los hermanos Bárcenas le decían al profesor que cuando ellos encontraron la cueva todo estaba más bonito, que había muchas telas y varios esqueletos envueltos. El profesor pudo ver algunos cuerpos deteriorados que aún se encontraban en esas condiciones, pero también pudo apreciar que la gente había desatado varios envoltorios ya sea para robarse las telas o para buscar objetos preciosos. Eran numerosas las pisadas encontradas por doquier pues a la final lo único que quedaba eran los vestigios del saqueo.

Por todas partes podía apreciarse numerosos fragmentos de vasijas, unas pintadas cuidadosamente con figuras geométricas circulares y otras con pequeños bajo relieves rectilíneos. En cualquier rincón podía identificarse cuentas de collares de conchas pisoteadas y diferentes tipos de telas, las más elementales de color blanco uniforme y otras mucho más elaboradas con figuras geométricas que evidenciaban un profundo conocimiento de técnicas textiles por parte de dicha cultura.

En aquel momento el profesor empezó a hablarnos. Yo nunca fui a la escuela pero estoy seguro de que aquella charla que nos dio el profesor Schottelius fue la mejor clase de mi vida.

Empezó con algo así:

—¿Ustedes saben por qué estamos aquí?

—Para mirar a los Indios—, dijo uno de los policías.

—Para hacer investigaciones—, respondió el otro.

Yo me aventuré a decir:

—Para poder ver a la gente del pasado.

—¿Y para qué queremos verla?— Preguntó el maestro.

—Para hacer investigaciones—, volvió a repetir el policía.

—Ah..., investigar... ¿qué es lo que queremos investigar?— Interrogó el profesor.

—Jum—. Respondió el policía, levantando los hombros.

—Muchachos, nosotros venimos a observar los vestigios indígenas para registrar sus condiciones con relación al lugar. Una vez sepamos las condiciones del lugar, podremos empezar con el análisis de los objetos adentro de él. Por ejemplo, en el periódico leí que se trataba de una ciudad subterránea y no hay apreciación más equivocada.

Resulta evidente que estamos en una tumba. Las personas adentro de esos “envoltorios”, como ustedes los

llaman, fueron personas momificadas, ataviadas así para conservar sus restos mortuorios, y eso podría llevarnos a pensar que eran personas importantes, si recordamos, por ejemplo, a las momias de Egipto, podemos darnos cuenta de que las momias son los restos mortales de los faraones, es decir, de las personas más importantes de la sociedad. Pero bueno, hasta el momento todo esto no es más que conjeturas apresuradas.

—¿Será que esas telas valen mucho?— Preguntó uno de los Bárcenas.

—El precio de un objeto solamente depende del que lo quiera comprar. ¿Cuánto estarías dispuesto a pagar por una manta de cientos de años?

—La verdad, yo no pagaría ni un centavo por esos trapos viejos—. Agregó el conductor, en tono burlesco, y todos nos soltamos a reír.

—Hasta cierto punto tienes razón. En verdad es poco útil una tela con la que no me puedo vestir ni cobijar. Sin embargo, muchas personas estarían dispuestas a pagar un precio muy elevado simplemente para tenerlas como una curiosidad rara en la casa.

—Eso de Bucaramanga venían y se sacaban de todo—. Contó uno de los Bárcenas, quién admitió haber vendido varios collares. Luego tomó la palabra para decir:

—La gente pensaba era que había oro y cuando se daban cuenta de que eran meros trapos les daba rabia y se llevaban lo que encontraban. Eso más de uno cogió una cobija y la rompió en pedazos, dizque pa los recuerdos.

—Sí, se nota que eso pasó. Pero apartándonos del saqueo, y de curiosidades de museo... ¿cuánto creen ustedes que pueden valer objetos como éstos?

—¡Valen muchísimo!, mejor dicho, no tienen precio. Todo esto es demasiado importante como para pagarlo con monedas—. Respondí yo.

—Tienes razón Juan Diego. En verdad, todo esto que tenemos acá es único. Cualquier cosa que se dañe o que se rompa, es algo que no se puede reemplazar.

—Eso sí es cierto—. Dijo el mayor de los Bárcenas, para agregar: — Uno no puede ir a la tienda a comprar trapos viejos que hicieron los indios.

—Exacto.

—Ésto, muchachos, es una tumba que ha permanecido intacta en el tiempo desde hace cientos de años, debería seguir así. Deberíamos poder estudiarla con todo el respeto del caso y analizarla minuciosamente, incluso crear un museo aquí mismo, en el que la gente pueda aprender y nosotros los científicos podamos estudiar.

Hay tantas cosas tan interesantes, por ejemplo, sería bueno poder analizar los minerales utilizados en la alfarería, que, por cierto, parece de dos culturas diferentes. —Miren estos restos—. Dijo el maestro indicando una jarra completamente partida y arrinconada en la cueva. —Es un objeto notablemente cocido a las brasas, pero éste otro, es diferente. El color es diferente, y está pintado.

—¿Pero cómo pueden ser dos utensilios de culturas diferentes si estamos en la misma cueva?

—Muy buena pregunta Juan Diego. Mal haríamos si nos adentramos en el mundo de las conjeturas sin evidencias, así que más bien debemos continuar registrando el lugar.

El profesor sacó su inseparable agenda de mano y empezó a registrar detalladamente cada elemento encontrado, describiendo su naturaleza, sus formas, materiales, condiciones, entre otros elementos. Luego los removía embalándolos cuidadosamente en cajas.

—Si esto es tan importante para esta tierra... ¿Por qué se lo lleva?— Le pregunté.

—Querido amigo, temo que si no me llevo estas cosas para el Museo Nacional se pueden perder para siempre.

—Como quien dice, se los va a robar primero, antes de que otro más vivo se las robe y las venda—. Agregó el menor de los Bárcenas, notablemente molesto porque se estaban llevando los pocos elementos que quedaban.

—No, no se trata de “robar”, se trata de “conservar”. Todos se quedaron mirándolo con incredulidad.

—A la final es lo mismo—. Agregó el mayor de los Bárcenas.

—Pero por lo menos en el museo todo el mundo lo puede ver—. Dije yo, sabiendo que no se podía dejar lo poco que quedaba para que lo continuaran despedazando.

Permanecimos en silencio durante algunos minutos. El profesor hacía sus anotaciones en la agenda mientras yo le ayudaba a medir o a sostener. Incluso me pidió que le contara cada cuenta de los collares y en general, toda

la jornada se dedicó a medir, contar, clasificar, extraer, limpiar y embalar objetos de la cueva.

Nosotros no sabíamos muy bien lo que hacíamos, pero el profesor nos daba indicaciones con mucha precisión e incluso se molestaba si no hacíamos las cosas como él decía. La verdad es que había mucho trabajo y él era el único capacitado para hacerlo.

10

La cueva era considerablemente amplia y en ella había varios corredores profundos, de manera que existía la posibilidad de que hubiera algún corredor por descubrir, de suerte que guardaba la esperanza de que quizá, en otro viaje, podía encontrar algunos vestigios intactos. Descubrió más de un fogón y analizó la ceniza, pudo identificar diversos tipos de cerámica y huesitos de animales, posiblemente pescados, palomas o conejos. Podría decirse que estábamos escarbando en la basura del pasado, porque eran los únicos rastros que se encontraban intactos.

El profesor buscaba en la tierra con sumo cuidado, incluso en ocasiones usaba una escobilla para remover el polvo, era tal su dedicación al trabajo que se podía evidenciar mucho respeto frente a cada elemento que se encontraba.

Me pidió que le ayudara a clasificar por color los pequeños fragmentos de arcilla que nos encontrábamos, luego los guardamos en bolsas de papel y cuando estuvimos en el campamento nos pusimos a tratar de armarlos como si fueran rompecabezas. Así pudimos recuperar dos jarras, una más nos quedó por la mitad pero el resto se perdió para siempre así que daba más bien la impresión de una cáscara de huevo quebrada.

Pegamos cada una de las piezas con el mayor de los cuidados y cuando los objetos volvieron en el tiempo los pusimos al lado del fuego, para que el pegamento se secara

mientras se iluminaban en la noche. Nos quedamos en silencio, simplemente contemplándolas... debo confesar que me quedé dormido mirando las jarras.

Para el profesor y para mí, el recuperarlas significó poder viajar al pasado al observar a un objeto que había sido hecho en otros tiempos, por otra gente, que seguramente pensaba muy diferente a nosotros, y que tenía su propia manera de ver el mundo. Para los demás, quizá no significó gran cosa, aunque se sorprendieron al ver que pudimos armar la primera jarra así que nos ayudaron a reconstruir la segunda.

Al día siguiente nos levantamos muy temprano, los policías prepararon café y brindaron cigarrillos. Yo no sabía fumar pero creí que era un buen momento para aprender. La verdad es que me dolió el pecho y realmente no encontré placer, sólo dolor, quizá eso fue lo que me gustó, no sé.

Antes de meternos a las cuevas el profesor nos preguntó de dónde era que salían las hormigas, y nosotros le respondimos que casi de todas partes, pero que no estábamos en temporada.

—Eso toca por ahí entre Abril y Junio—. Dijo el mayor de los Bárcenas.

—Es una lástima...

—De todas maneras eso es lo que hay hormigueros, si quiere vamos y caminamos a ver si encontramos uno.

Salimos de caminata durante la primera parte de la mañana. El clima era fresco, más bien frío, y el sol apenas

despuntaba en el horizonte. Caminamos por los potreros y encontramos varios hormigueros. De hecho, el profesor pudo capturar una que otra hormiga.

Recuerdo que cuando capturó la primera le miró las alas, se puso a contarle las patas, le observó el tórax con mucho cuidado hasta que lo mordió, entonces le arrancó la cabeza y la tiró al suelo. A continuación, tomó apuntes en su agenda.

El profesor no paraba de hablarme y siempre me estaba enseñando. Me hablaba porque sabía que yo era el único que realmente me interesaba por aprender. Ahora mismo me resulta imposible escribir todo lo que me decía mientras caminábamos por los potreros. Basta con resumir que entendí muchas cosas sobre la etnología, y la verdad me gustó esa ciencia, era como si hubiera encontrado mi vocación, pero yo no soy más que el hijo de la lavandera así que... el profesor me invitó varias veces a Bogotá, me dijo que si podía llegar, él podría ayudarme a entrar a estudiar. Yo le respondí que me encantaría, que iba a decirle al cura párroco si me regalaba para el pasaje, pero eso era mentira, porque el cura nunca me regalaba plata, a veces nos daba uno que otro mercadito sí, pero de plata nada. — Si yo tuviera, te daría lo del pasaje ya mismo. Pero no tengo. Las cosas han estado algo difíciles acá en Colombia—. Hizo una pausa, luego agregó:

— En Bogotá te espero.

Nos volvimos a meter a la cueva a eso de las 10 de la mañana. Adentro, el profesor me explicó la importancia de analizar los pormenores de cada pieza, — Todo— decía,

—absolutamente todo, cuenta una historia, lo único que tienes que hacer es estar en silencio, y escucharla.

Yo no escuché nada, pero sí pensé muchas cosas. Me resultaba sorprendente saber que en estas tierras siempre ha habido gente. También me dolió saber que muchas de las costumbres de esas gentes se perdieron, según el maestro ellos tenían su propia lengua, sus propias costumbres:

—Mira, enterraban a sus muertos entre tela. —¿Ustedes entierran a sus muertos de esa manera?

—No, nosotros los enterramos en ataúdes.

—¿Sabías que algunas personas dicen que la costumbre de los ataúdes se originó a causa del miedo de que los muertos se levantaran? Por eso les apuntillaban las tapas e incluso les ponían una piedra sobre la cubierta antes de echarles la tierra. Parece que no les resultaba suficiente la costumbre de enterrarlos a dos o tres metros de profundidad. Lo cierto es que no escatimaron en precauciones y al parecer ese temor, infundado por demás, también llegó a aquí.

Lo curioso es que estas momias no fueron enterradas, más bien fueron depositadas aquí, con mucho cuidado, una al lado de la otra y las prepararon para la ocasión; por los artículos que he podido recuperar en Bucaramanga y lo que dicen los Bárcenas, podemos decir que incluso fueron enterradas con los objetos personales que le pertenecían al difunto.

Pero lo que me resulta más curioso es haber encontrado éstos restos—. Dijo el profesor, indicando una pieza de barro que estaba enterrada y debajo de la cual se podían apreciar restos humanos, aún más antiguos que las momias.

—He sabido que la cultura conocida como “Mosquito”, de Norte de Santander, hacía entierros de esta manera.

Hizo una breve pausa, luego continuó.

Por la evidencia encontrada en los restos podríamos decir que existen dos tipos de culturas diferentes. Podemos encontrar dos costumbres funerarias diferentes, dos tipos de alfarería diferente, la una más desgastada y deteriorada que la otra. Por ejemplo, mira, mira.

Me dijo, indicándome un montón de tierra y ceniza con trozos de piezas de cerámica totalmente destrozada.

—Ésta destrucción es únicamente posible a través de años y años de uso y desgaste.

Al parecer, este lugar fue sagrado para dos culturas, de las cuales no se sabe mucho. Por ejemplo, ¿y si las dos convivieron al tiempo? No, lo cierto es que los Guanes fueron los últimos señores de éste territorio antes de la llegada de los conquistadores. Pero ¿hubo alguna cultura preguane?

—Hay muchas preguntas y muy pocas respuestas—. Agregué yo, ante el repentino silencio del maestro.

—Así es, y lo más preocupante de todo es que el tiempo se acaba. Mi cronograma es muy ajustado y solamente podré estar dos días aquí, luego tendré que ir a Miraflores,

donde dicen que también encontraron algunas tumbas, debo ir a ver qué dejaron los saqueadores.

La verdad es que no sé qué hacer, hay tanto trabajo y tan poco tiempo. Si tan solo en Bogotá me dieran un poco más de recursos... Lo único puedo hacer es el registro más detallado posible sobre el estado de todo esto.

Los Bárcenas me han hablado sobre una especie de máquina para hacer telas. Si pudiera conservar un telar precolombino sería algo realmente...

—¿Y cuándo vuelve, profesor? Le pregunté, una vez más para espantar al silencio.

—Espero poder venir lo antes posible. Tendría que hablar en Bogotá para gestionar los recursos, pero la verdad es que me encantaría poder traer de excursión a mis estudiantes de la escuela, para que todos tuviéramos la oportunidad de establecer el muestreo que merece el lugar.

Por el momento, en verdad te agradezco tu interés y tu ayuda amigo Juan Diego. Realmente eres un muchacho muy inteligente y tienes madera para la etnología.

-Podrías ser el mejor etnólogo de Colombia, ¿te imaginas?- Dijo mi maestro, y sonrió conmigo.

Yo no comprendía todo lo que me decía, pero lo cierto es que me reía porque sabía que, para el hijo de la lavandera, eso de estudiar no era más que un sueño.

11

El profesor Schottelius no ahorró esfuerzos para analizar y estudiar la Cueva de Los Indios. Lo cierto es que realizó un inventario bastante notable en el que se rendía informe de todos los objetos encontrados, así como las posibles conjeturas a las que había llegado.

Por ejemplo, me dijo que definitivamente la cueva podría tener pasadizos sin descubrir, pero que lo mejor es que permaneciera así hasta que viniera un equipo de expertos, de lo contrario, podría perpetuarse el saqueo y la pérdida de tan valioso legado histórico.

También me comentó que en diversos rincones de la cueva se podía identificar un cementerio protohistórico y prehistórico indígena. Es decir que al parecer ese lugar fue utilizado como cementerio desde tiempos inmemorables, quizá por culturas anteriores a la Guane; lo cierto era que en definitiva no se trataba de una ciudad subterránea.

Él me demostró con diversas evidencias que en algunos lugares se pueden identificar diferentes tipos de sedimentos en los que se pueden ver objetos de diferentes épocas y culturas. Me dijo que no sabía si las capas inferiores fueron depositadas por los mismos Guanés o por indígenas de culturas anteriores, lo cierto es que se podría establecer un período de transición entre los dos tipos de costumbres funerarias, pero no estaba seguro de manera que se propuso seguir estudiando la evidencia hasta poder asegurar algo con certeza.

Así mismo, me dijo que la civilización Chibcha se caracterizaba por entierros momificados en un período histórico paralelo a la conquista y la colonia. Además me contó que los motivos de las telas pintadas se semejaban a los registros que hicieron los cronistas sobre unas técnicas bastante delicadas de pintura textil, también me comentó que había otra clase de tejidos que le hacían pensar en las tecnologías usadas por los incas peruanos.

Hizo mucho énfasis en enseñarme que era necesario establecer relaciones entre las tribus que se encontraban cerca territorialmente hablando, de manera que me enseñó que muy posiblemente tenían relaciones con las tribus que habitaron en Piedecuesta e incluso hasta Oiba. Sobre todo me resaltó que establecía esas relaciones por los motivos textiles de las pinturas en las telas, entre ellas, resultaba evidente el comercio con los Muisca.

Lo cierto es que no paraba de decirme que había demasiado por estudiar sobre el legado arqueológico de Santander y que resultaba bastante importante hacer registro del mismo antes de que se perdiera.

—Hay tantas historias de entierros indígenas que en verdad me resulta imposible ir a todos los lugares y hacer un registro digno ante semejantes vestigios. Temo que dicho legado cultural se desvanezca entre la ignorancia y el saqueo.

Hizo una pausa mientras terminaba de empacar las cajas llenas de periódicos y aserrín en las que había conservado algunas cosas.

—Amigo Juan Diego, tú, que eres de esta tierra, debes encargarte de conservar su historia. Debes poder contarla a los jóvenes, para que el recuerdo de estos pueblos perdure en la memoria. Tú, el hijo de la lavandera, eres el testigo fiel de lo que ha pasado por esta tierra.

—¿Por qué dice eso?— Le pregunté.

—¡Hay tantas cosas que te podría resaltar!, lo cierto es que toda tu piel es testigo de lo que ha pasado en esta tierra conocida como Santander, pues seguramente dentro de tus ancestros debe haber algún indígena que tuvo la suerte o la desgracia de intimar con algún español, cuyo hijo, a su vez, debió emparentarse con alguien de su mismo origen de suerte que el mestizaje se ha venido perpetuando en la sangre hasta llegar a ti.

Dicen los cronistas que los Guanes eran gente limpia que andaba muy bien vestida. De hecho, muchos españoles registraron que eran más altos que de costumbre y muy hábiles para aprender el español.

Su historia, es decir, la historia de esta región, inició mucho antes de la llegada de los españoles, y con ellos se perpetuó para siempre en un mestizaje del que eres una perfecta evidencia.

—Doctorcito, discúlpeme pero ya me está molestando que nos ande diciendo indios todo el tiempo—. Intervino uno de los policías que ayudaba a subir cajas al carro y que había permanecido en silencio hasta el momento.

El profesor se soltó a reír, y luego se contuvo para disculparse diciendo:

—No sé por qué a los santandereanos les cuesta tanto reconocer su origen indígena. La condición del mestizaje es algo que debería ser portado con orgullo, porque es algo único, pero más bien es rechazado, seguramente como consecuencia al sistema de clases impuesto por los españoles en los que los indígenas siempre tuvieron la peor parte.

—¿Cómo va a decir eso Doctor? Si es que los indios son cochinos y brutos—. Agregó el conductor, que nos había escuchado a la distancia.

—¿Y por qué piensan eso?— Les pregunté yo, para continuar:

—Eso es lo que está diciendo el profesor, que los españoles siempre trataron mal a los Indios, y esa costumbre ha pasado hasta nuestros días. Nosotros deberíamos estar orgullosos de tener parte Guane, ¿no ven que ellos eran los verdaderos dueños de estas tierras?

—De todas maneras no somos indios—. Agregó el policía, limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo.

—Tienes razón, definitivamente no eres un “Indio”, pero de todas formas no puedes negar que muy seguramente eres mestizo, producto de dos culturas que se encontraron en un momento determinado. La cuestión es que de los españoles se conoce mucho, pero ¿y de los Guanes?, ¿qué nos queda?

—¿La costumbre de comer hormigas?

Todos rieron al escucharme, pero después de las risas el profesor agregó:

—Ruego a Dios que no sea lo único que nos hubiera quedado, de tan importante legado. Infortunadamente me tengo que ir a Bucaramanga y luego a Bogotá, para continuar con mi trabajo, así que te queda la tarea a ti, amigo Juan Diego, para que logres encontrar lo que verdaderamente define al pueblo santandereano.

Mira Juan Diego, del viaje puedo decir que me quedan dos inquietudes muy grandes, la primera es que me pregunto si existe la posibilidad de que el Gobierno Nacional recupere todos los ejemplares perdidos por la gaaquería. Me temo que algunos artículos hubieran salido del país aunque estoy seguro de que hay una considerable cantidad de objetos en colecciones particulares que son conservados en pésimas condiciones y que requieren de la intervención del estado para su preservación y conservación.

Como pudiste ver, hay muchas personas que de muy buena manera entendieron la importancia de una conservación adecuada, como el caso del dueño del hotel que se reusó a venderle las telas a una estadounidense que le hizo una propuesta sustancial y que, voluntariamente optó por donárselas al museo. Pero también hay casos de célebres señores de Santander que se reusaron rotundamente a mostrarme sus antigüedades evidenciando un recelo desconcertante. Alcancé a escuchar hablar sobre una especie de telar pero a pesar de mis esfuerzos me ha resultado imposible verlo en persona. Lo cierto es que los señores Gustavo Ordoñez y Sánchez Puyana, no me facilitaron mi trabajo y conservan en su poder elementos

realmente valiosos como una suerte de trompeta e incluso he escuchado decir que poseen una momia con corazón y pulmones. Al respecto lo único que puedo decir es que he hablado con el mismísimo Gobernador para que intente recuperar los objetos y lo único que queda es esperar a que se realice un debido procedimiento de entrega del patrimonio nacional.

El otro cuestionamiento que me surge, apreciado Juan Diego, y desde ya te pido disculpas por no permitirte hablar, pero es muy importante decirte esto antes de irme, y es que no sé cuán pertinente y oportuna puede llegar a ser la implementación de investigaciones continuas en este territorio conocido como la mesa de Los Santos. No sé si el saqueo dejó lo suficiente como para traer a un equipo de expertos, pero me encantaría que se estableciera un campamento con personal altamente calificado para la recuperación y registro de todos los lugares arqueológicos de interés que se encuentran en la región.

Ahora bien, antes de despedirme, quisiera escucharte: ¿Qué opinas de todo esto? ¿Has aprendido algo?

—¡Claro! Profesor. He aprendido muchísimas cosas que ni siquiera me imaginaba. Ha sido un completo viaje de aprendizaje. Lo más interesante de todo es que ahora mismo pienso en lo que significa ser santandereano, y toda esa historia me llena de orgullo.

—Sin duda esta tierra ha pasado tiempos difíciles hasta nuestros días, y es que incluso en la actualidad podemos ver que la gente sigue matándose, incluso me enteré en una pequeña tienda que hace apenas unas decenas de años

hubo una guerra conocida como la de los mil días, y créeme, yo te puedo decir lo horrible que puede ser la guerra...

—Profesor, yo le doy mi palabra de que voy a seguir buscando la esencia de los santandereanos, yo voy a buscar las costumbres que nos unen con el pasado, voy a rescatar el pequeño pedazo de la historia que nadie nos ha contado.

El maestro sonrió al escuchar mis palabras. Luego se puso a buscar en su mochila y de ella sacó una agenda muy similar a la suya, pero de color rojo y me la dio diciendo:

—Me alegra mucho escucharte decir eso. Espero volver pronto para que me puedas informar sobre el resultado de tus investigaciones, lo cierto es que cuando piense en Santander recordaré a una tierra brava llena de soles y montañas en las que habita gente como tú, decidida y sincera, que no sabe dar un paso atrás, que come hormigas y que me ha hecho sentir como en casa.

—Ya sabe lo que dicen maestro, “el que pisa tierra santandereana, es santandereano”.

—Así lo es en efecto, querido amigo, y no me queda otra que agradecerte por toda tu ayuda. Ojalá nos podamos ver pronto. Ojalá puedas llegar a la escuela de etnografía en Bogotá.

Al terminar sus palabras el carro arrancó y ésa fue la última vez que lo vi.

12

El día siguiente transcurrió con normalidad, me levanté muy temprano en la mañana para tocar las campanas de la parroquia, aunque el cura estaba algo receloso conmigo porque me había demorado dos días en lugar de uno, pero pareció perdonarme al saludarme con un coscorrón.

El sermón resultó más bien repetitivo, sobre todo porque al igual que la mayoría del pueblo no entiendo nada de latín de suerte que repetí los responsoriales por instinto mientras pensaba en lo que era Santander antes de la llegada de los españoles con sus señores y sus frailes.

El maestro me comentó que los Guanes tenían sus propias creencias y que incluso adoraban a otros dioses, entonces entendí por qué el cura párroco siempre se refería a ellos como endiablados, pero más que eso me pareció hermoso que antiguamente se adorara al sol y a la luna, en lugar de figuras de cristos en madera tallada y pinturas traídas desde muy lejos que representaban a los que los curas llamaban santos.

Pensé que a lo mejor toda la fe depositada en aquellos objetos no era más que la veneración a la naturaleza que se vio trucada por los cristeros y que se enfocó en la pérdida de las tradiciones y costumbres.

Al terminar el sermón me mandaron a barrer todo el templo y mientras lo hacía recordé la cara de ensoñación del maestro mientras le contaba la historia del cacique Guanentá, un cuento viejo que mi mamá me contaba antes

de dormir; ella me dijo que su mamá se lo había enseñado y que a la abuela se lo había contado la mamá de ella, de manera que quién sabe desde hacía cuánto la historia del cacique era un cuento para dormir, por lo menos para nosotros, los pobres que no sabemos nada de caperucitas ni de lobos.

El maestro se sorprendió al enterarse de que el señor de estas tierras prefirió saltar por un abismo antes de someterse al yugo de los españoles, y se sorprendió aún más al saber que nosotros creíamos que se había convertido en cóndor para continuar cuidando su pueblo desde las alturas, observando sus tierras.

Mientras barría cada rincón, cada banca, cada monumento de la iglesia, yo pensaba en las costumbres de aquellos pueblos del pasado. Por ejemplo, el profesor me contó que había leído de los cronistas que los Guanes conocían el método para “cultivar” las hormigas, me dijo que era costumbre, en los matrimonios, regalarle a las nuevas parejas nidos de hormigas para desearles abundancia y fertilidad. Es una lástima que ninguno de nosotros sepa hacer eso actualmente, de lo contrario nunca nos faltarían.

Hablando de las hormigas, debo decir que realmente me pareció curioso enterarme de que en ninguna otra parte del país se comen a estos animalitos, tan deliciosos y nutritivos.

Almorcé en la casa cural, y como el párroco no me necesitaba le pedí prestada la cicla para dar vueltas por el pueblo, buscando a gente de edad que me ayudara a descubrir lo que realmente nos identificaba a los

santandereanos. El profesor nos denominaba mestizos, pero yo quería saber en qué consistía realmente dicho mestizaje.

Lo primero que hice fue ir a saludar a mamá. Ella me regañó por haberme quedado más de un día por allá, me dijo que si era que yo no tenía vergüenza de andar perdiendo el tiempo por allá dizque haciendo investigaciones, eso faltó poquito para que me agarrara a juguete con una barita de ortigo, así que de lo primero que anoté en la agenda que me regaló el profesor fue:

“El pueblo Santandereano es una gente que ha pasado por cosas muy duras y por eso tiene un carácter muy fuerte, pero son fieles a sus seres queridos y nobles con los que realmente consideran sus amigos, de manera que a pesar de hablar fuerte y tener ~~modales~~ un tanto ordinarios, son personas tiernas que no se detienen al momento de hacer manifestaciones de cariño para quienes son de su agrado; de otra parte, esas personas amables se pueden tornar bastante orgullosas e incluso vengativas para quienes no corresponden a sus afectos, de allí la fama de “atravesados”, que seguramente tiene su origen desde los tiempos en que los españoles conquistaron a los Guanes. No en vano se dice que el Cacique Guanentá prefirió lanzarse a un precipicio antes de dejarse someter por gentes extrañas, y dicen que muchas otras personas lo siguieron, prefiriendo morir de hambre antes que dejarse esclavizar para ser sirvientes de señores ajenos o para trabajar en minas de oro”.

La verdad es que me demoré el resto de la tarde tratando de redactar aquel párrafo, pero es evidente que con el tiempo he mejorado mi manera de escribir, quizá le aprendí a mi maestro aquella minuciosa preocupación que tenía por hablar bien, de manera que me la pasaba buscando las palabras más adecuadas para hacer mis apuntes e incluso se me convirtió en costumbre preguntarle al cura párroco para que me ayudara a escribir cada vez mejor.

El otro día le pregunté que cuál era la persona más vieja del pueblo, él me respondió que doña Vicentica, una señora que vivía en un ranchito a las afueras. Yo le pregunté que dónde quedaba la casa y él me regañó por andar de preguntón, pero luego me dijo que era el ranchito desbaratado que quedaba justo al lado de la chichería.

Esa misma tarde volví a pedir prestada la bicicleta para ir a visitarla.

Cuando me encontré a la abuelita me dio más bien cierta repulsión porque tenía muy mal aspecto, olía bastante mal y era encorvada como un tres. Sin embargo, al escucharla me di cuenta de su cordialidad y es que incluso me invitó a pasar para tomar chocolate.

Yo me senté en el pasillo en una butaca vieja a la que le faltaba una pata y que estaba amarrada a una mesita para conservar la estabilidad. Desde aquel pasillito de la casa se podían apreciar numerosas flores que la anciana había sembrado en el jardín.

Resultaba evidente que la señora no estaba acostumbrada a recibir visitas de manera que al verme

llegar se apresuró a darme el mejor de los tratos. En verdad me sentí muy apenado y tuve deseos de subirme a la cicla para emprender la carrera, pero por respeto a la tan amable anciana me contuve.

Ella revolvió el fogón en la cocina, poniendo la olleta del chocolate a las brasas y volvió con presteza para hablar conmigo. Seguramente pensó que le traía noticias del párroco porque reconoció la bicicleta.

—Cuénteme jovencito ¿a qué lo mandó el padrecito?

—Buenas doña Vicenta, yo vengo porque... bueno... la verdad es que no me mandó el padre.

—¿Y entonces?

—Yo venía..., simplemente a saludarla.

La anciana se sonrojó al escucharme y pude verla sonreír por unos instantes, evidenciando su falta de dientes y su gracia cuando se quitaba el sombrero, entonces me di cuenta de que tenía el cabello cano bastante largo y que se lo enrollaba alrededor de la cabeza gracias a numerosos ganchitos para el pelo.

Antes de que pudiera decir algo, continué diciendo:

—La verdad es que me gustaría hablar con usted por si sabe algo de los Indios que vivían por estas tierras. Alguna costumbre..., uno no sabe.

—La mamá mía era pero bien india—, dijo la anciana.

Me quedé atónito al escucharla, pues era la primera vez que alguien reconocía su descendencia directa con los indígenas.

—Sí, mi mamita me dijo que cuando era chiquita la tenían con otros niños indiecitos como ella, que eso los amarraban de una manito a los unos con los otros y que eso los curas los acostaban a toditos en el mismo cuarto.

Eso mi mamá no sabía casi hablar español y eso me decía que le dieron unos juetazos de ortigo para que se aprendiera las oraciones.

—¿Entonces los curas sabían que no hablaban español y aún así los hacían aprenderse las oraciones en latín?

—Eso mi mamá decía que eran los primeros en agarrarlos a rejo si hablaban en “indio” entre ellos.

La anciana conservaba su gracia al contar la historia de su madre, además, se notaba que poseía una memoria sorprendentemente lúcida y que recordaba mucho más de lo que se pudiera imaginar.

A mi mamá la vendieron para que ayudara a sacar panela. Ella estuvo en la casa de unos señores por allá en un trapiche y le tocaba dormir al lado de las bestias con otras dos niñas. Eso le tocó muy duro porque dizque el patrón a veces iba y las despertaba para manosearlas.

Yo me quedé sin palabras, jamás creí que fuera posible semejante desconocimiento del otro, pero antes de que pudiera decir algo la anciana de aproximadamente 95 años, continuó:

—Eso mi mamá dijo que a una niña le cayó por toduesto (indicando el cuello el pecho y los brazos) melaza de panela hirviendo. Eso pobrecita, mi mamá decía que gritaba. Y eso le echaron agua fría y se ampolló toda. Mi mamá dijo que

la patrona le metió una juetera por haberse quemado y que la había mandado a dormir sin comer, y que entre ellas se habían conseguido una penca de sábila para echársela en la quemadura. Que eso temblaba la pobrecita y eso le dieron calores y que estaba caliente, caliente y temblaba.

De vez en cuando la abuela se metía a la cocina para atizar el fogón de leña, luego volvía para continuar.

—Eso los curas y los patrones eran mucho malos. La otra vez mi mamá me contó que a un muchacho que nunca aprendió español lo trataban como mula, y que le habían cortado una mano por intentar volarse.

Mi mamá si se voló. Ella se consiguió un muchacho que trabajaba cuidando ganado y una noche se volaron caminando hasta el hato. Después aprendió a tejer con una señora que hacía cobijas y ruanas.

—Ah... entonces su mamá aprendió a tejer... mire usted...

—Eso tejía lo más de bonito con telares de más de 50 hilos. Eso ella desepaba el algodón y eso hacía unas cobijas y unas ruanas mucho lo hermosas.

A continuación se metió a la cocina y llegó con el chocolate servido en un pocillo desportillado.

La bebida estaba demasiado caliente pero ella parecía no notarlo, entre tanto yo apenas podía aproximar mis labios a la taza para beber minúsculos sorbos.

—Mi mamá me enseñó a yo a tejer. Eso yo hacía unas cobijas mucho lo lindas con figuras y todueso—. Me contó la anciana, luego me llevó a un rincón del solar de la casa y

entonces pude ver un telar bastante viejo, muy “rústico” diría el profesor. Hecho todo de madera, amarrado con cuerdas e hilos y con reparaciones artesanales que evidenciaban un centenario desgaste por el uso.

La anciana no paraba de hablar mientras yo intentaba sorber el chocolate, de hecho, me enseñó brevemente a usar el telar y lo mejor de todo es que me di cuenta de que doña Vicenta le hacía a las cobijas los mismos motivos que tenía unas de las telas encontradas por el profesor.

—¿Esos dibujos de dónde los aprendió, doña Vicenta?

—Eso yo no sé. Eso así los hacía mi vieja y yo le aprendí el arte.

Estaba maravillado con todo lo que me contaba la anciana, pues el escucharla me permitía entender un poco más el concepto del mestizaje. Por ejemplo, me enteré que a una hermana de ella se la llevó un muchacho de ojos azules y cabello dorado. Me dijo que el joven era de familia importante y que por eso nunca más volvió a saber de ella, pero que luego de unos años se la había encontrado en la plaza, toda bien vestida y arreglada, y que la saludó, pero que se había hecho la loca dándole la espalda.

Mientras la anciana hablaba yo continuaba con mi bebida, que se había aclimatado lo suficiente como para tomar largos sorbos, entonces lo vi, era un ojo de vaca flotando adentro de mi pocillo de chocolate, así que sin poderme controlar, hice un gesto de asco y náusea al mismo tiempo.

La anciana se dio cuenta de mi exaltación y, pescando el ojo con una cuchara, me dijo:

-Mijo, eso no se asuste que eso es bueno pa la memoria.

13

Llegué al rancho entrada la noche. Mi mamá estaba durmiendo pero me había dejado dos arepas sobre el tiesto. La iluminación se limitaba al rayito de luz del fogón, que por demás, nunca se apagaba.

Serví aguadepanela en un pocillo y me senté en el mesón para comerme las dos arepitas. Eran arepas de maíz molido, unas arepas amarillitas y tostadas, toda una delicia con aguadepanela y queso.

Busqué por toda la cocina un buen pedazo de queso pero no encontré nada, entonces volví a mi asiento para terminar de comer, entre tanto recordé que el profesor me había dicho que solamente había visto esas arepitas amarillas por aquí.

Estuve pensando en muchas cosas, realmente me veía a mí mismo como el mejor etnólogo de Santander y aún ni siquiera entendía bien el concepto de etnología. La verdad es que sentí que había encontrado mi vocación pues me la pasaba tratado de entender a los Guanes; es algo raro de explicar, pero pensar en eso me hacía sentir bien. Lo cierto es que sentía auténtica curiosidad por las momias e incluso ante el más insignificante rastro de mis antepasados.

Entonces se me ocurrió algo y abrí la agenda para escribir:

“El profesor me dijo que aún hay bastantes lugares precolombinos por estudiar, así que mientras él vuelve de Bogotá, yo voy a ir adelantando mis observaciones”.

Me separé de la libreta para tomar la otra arepa, le di un mordisco y luego anoté:

“Lo primero que debo hacer es hablar con las personas que tienen objetos sacados de las tumbas, luego, debo ir a conocer dichos entierros, después, algo se me ocurrirá”.

Aquella noche me dormí con una sonrisa en los labios ya que por primera vez en toda mi vida empezaba a tener mis propios sueños.

Me levanté muy tarde y para cuando llegué a la iglesia el padre ya había tocado las campanas. Cuando el anciano me vio llegar pretendió darme un coscorrón pero no pudo porque lo esquivé por instinto.

El párroco me miró, sorprendido, y yo mismo tuve miedo, pues era la primera vez que le desobedecía, luego bajó la mirada y me hizo entrar para que le ayudara. Esa fue la última vez que intentó pegarme.

Terminado el desayuno le pedí prestada la bicicleta al cura. El hombre me la prestó porque aunque lo niegue yo sé que me aprecia casi como a un hijo. Le agradecí y me fui a dar vueltas por el pueblo, de casa en casa preguntando si tenían objetos de la Cueva de los Indios, o si sabían de algún otro entierro.

Todo el pueblo me conoce, todos saben que soy el sacristán de la iglesia y cuando me ven sobre la bicicleta saben que el padre me la prestó. Muchos hasta me dieron merienda mientras me mostraban “sus recuerdos” traídos de la cueva.

Vi gorros, telas y curiosas vasijas. Antropomórficas, decía el maestro, si la vasija tiene figura de humano. Zoomórficas, si tiene figuras de animales.

Vi muchos textiles con figuras geométricas, unos pintados, otros tejidos. Incluso el señor de la tienda tenía un cráneo deformado hacia atrás, era como si le hubieran hecho algo a la cabeza para que dejara de ser redonda. Me pareció algo muy curioso y lo anoté en mi agenda de inmediato e incluso intenté hacer algún dibujo que más bien parecía un mamarracho pero que permitía registrar la deformación que tenía el cráneo.

Cuando hablaba con la gente me enteraba de muchas cosas de diferentes lugares, algunos me contaron que en ciertas peñas vieron dibujos de indios, otros me dijeron que había rotos en la tierra y que al bajar debían arrastrarse hasta que ingresaban a un cuarto en el que se encontraban unas momias.

En verdad recolecté bastante información y al día siguiente emprendí la marcha después de hacer mis deberes.

Primero me fui hasta el cañón para poder ver las pinturas en las paredes, en verdad eran imágenes muy bonitas y a la vez sencillas. Líneas, figuritas, entre otros. La mayoría de color rojo. Hice varios dibujos, el profesor me dijo que era muy probable que todos esos elementos precolombinos tuvieran fines religiosos, pero yo pienso que querían decirnos algo. La verdad es que intenté descifrar el mensaje de mis ancestros, pero no se me ocurrió nada.

Los días transcurrían muy rápido cuando me dedicaba a explorar. A veces me iba hasta el mismo borde del cañón y llegaba a lugares que la gente me indicaba.

Por recomendación del peluquero fui a la finca de un señor Díaz, que dizque se había encontrado un roto en el suelo y había resultado ser una tumba.

Cuando llegué a la finca el dueño de casa me saludó con bastante cordialidad así que me sentí bienvenido a pesar de los ladridos insistentes de los perros que fueron regañados por sus amos pero que, aun así, continuaban ladrándome.

Me amarraron un lazo a la cintura y me dijeron que si me daba miedo que gritara y que ellos me sacaban.

La verdad es que—sentí bastante temor cuando me precipité en la abertura de más o menos medio metro de diámetro. La caída era libre y no pude aferrarme a nada hasta encontrarme en el suelo de la cámara. Al tocar el piso me di cuenta de que había dos aberturas, más o menos del mismo diámetro, a lado y lado del túnel. Yo llevaba la linterna metálica del párroco (me la prestó a regañadientes) así que la saqué del bolsillo para iluminar adentro de cada pasillo y vi que, más allá, quizá a dos o tres metros, había algo.

Me arrastré por el pasillo de la derecha mientras sentía mi corazón en la garganta, era oscuro y húmedo, realmente muy poco acogedor y a medida que me adentraba se hacía cada vez más lejana la ilusión de luz. De pronto se terminó el pasillo y me encontré en un espacio en el que me pude poner de pie. Toqué las paredes de barro, las sentí frías,

pero secas. Traté de mirar a todos lados con la poca luz que me brindaba la linterna. En un rincón, pude ver algunos restos humanos ataviados de telas y vasijas. En verdad todo estaba muy oscuro y andaba a tientas.

Di un paso, al siguiente algo se quebró bajo mi alpargata; la verdad es que sentí vergüenza al haber destruido algún objeto de la tumba con mi presencia. El maestro me habría colgado por eso, estoy seguro. Pero él no estaba y yo era el único que podía hacer permanecer el legado, como él mismo me lo pidió.

Investigué la otra cueva y encontré objetos similares, entonces supe que este lugar era una tumba, pues, como lo decía el maestro, se podían observar evidencias de que los cuerpos habían sido depositados con cuidado y que la caverna había sido escavada con el único fin de albergar los restos mortuorios de estos personajes. De cualquier manera era evidente que el lugar había sido saqueado durante años así que lo único que quedaba era uno que otro hueso y, como ya se dijo, fragmentos de telas.

Cuando terminé, los dueños de la casa me hablaron un poco al respecto de aquella curiosa tumba y así fue como me enteré de que habían encontrado huesos y jarras llenas de polvo y ceniza. Dicen que los primeros que entraron buscaban oro, pero que lo único que encontraron fue polvo. No es por ser santandereano, pero no me creo ese cuento del todo. Lo cierto es que aquella tumba, como casi todo lo que se había encontrado de nuestros antepasados, no era más que un lugar curioso en el que todo el mundo entraba y se llevaba algo de recuerdo.

Como ese lugar fui a muchos otros que me indicaba la gente pero el resultado siempre había sido el mismo. Saqueo, guaquería... a la final, lo único que encontraba era un mínimo rastro de que los Guanes habían estado aquí, es como si su historia se desvaneciera.

Entonces supe que debía buscar una tumba que nadie más conociera y que, por lo tanto, se conservara en las mejores condiciones posibles. Debía descubrir una tumba inexplorada para poder hacer el registro más fiel posible sobre todas sus condiciones, una vez redactado el informe podría ir a donde el cura-párroco para que me ayudara a contactar al profesor-Schottelius, así podría ir a Bogotá y convertirme en un etnógrafo de verdad, aprender sobre otras culturas, volverme un experto en la santandereanidad...

No sé por qué, la sola idea me entusiasmaba. Por demás, bien sabía que encontrar una tumba que ha estado oculta desde hace cientos de años era más cuestión de suerte que de cualquier otra cosa.

Lo cierto es que estaba decidido a encontrarla pero no sabía en dónde comenzar a buscar.

14

Lo pensé hasta que llegué a la conclusión de que debía volver a la Cueva de los Indios para encontrar algún pasadizo que no hubiera sido descubierto aún, como lo dijo el Profesor. La verdad es que busqué durante varios días pero no encontré nada.

Ante mi fracaso inicial empecé a caminar por la periferia de La Cueva. Busqué entre los matorrales y trepé por las grietas de las piedras, pero no encontré nada. Varios meses transcurrieron y ya me empezaba a resignar de manera que apenas si hacía una caminata semanal, cuando me di cuenta de que había un hueco en una peña. Lo vi porque el verano estaba muy duro y una mata que tapaba la entrada se secó.

No sabía qué había allá arriba, en la mitad de aquel abismo, pero me quedó la intriga. Apenas se veía una pequeña sombra que podría ser, o no, un hueco. Yo pasaba por ahí cuando acompañaba al cura párroco a hacer la misa de los domingos en las veredas para pedir lluvias y siempre me quedaba mirando la pared de roca pues sabía que en cualquier grieta, cualquier hendidura, podría residir el tesoro máspreciado de nuestra cultura precolombina como santandereanos.

La verdad es que no podía soportar la incertidumbre. Por lo menos debía intentarlo para dejar de pensar en eso. A la final, no perdía nada con treparme para ver lo que había, además, la entrada no era muy alta, aproximadamente estaba a unos 15 metros desde el piso.

Finalmente decidí ir por mi cuenta, llevaba un lazo, unos guantes y la linterna. Nadie tenía idea de mis planes pues ya no me gustaba hablar de mis expediciones porque en el pueblo ya estaban pensando que me volví loco. En el parque le pedí al señor del bus a Bucaramanga que me hiciera el favor de llevarme. El hombre conoce a mi mamá desde siempre de manera que se limitó a decirme: — ¡Súbase!

A mitad de camino, cuando pasábamos por los farallones, les pedí que me dejaran. No me cobraron, pero hicieron una cara rara. A lo mejor les pareció extraño que me quedara al lado de los abismos, pero prefirieron no decir nada y continuaron con su camino.

Caminé por el borde de la carretera, camino a la vereda, pero cuando empecé a bajar me desvié y me le fui pegando a la pared de roca.

Era una roca amarilla, angulosa, con varios matorrales y grietas.

Me trepé con mucha dificultad por una de las grietas, tuve que agarrarme fuertemente de la punta de mis dedos e incluso apoyarme en las rodillas para poder trepar el primer trecho, luego debía sortear una saliente. Sentí miedo y lo peor de todo es que no tenía ni idea de cómo me bajaría después, pero lo cierto es que estaba dispuesto a trepar hasta llegar a aquella grieta que parecía tener una abertura.

El lazo no me sirvió de mucho, así que debí confiarle todo el peso de mi cuerpo a mis manos y a la puntica de mis pies. Quedé colgando por unos instantes en los que temí caerme, pero pude agarrarme sujetándome de las uñas

y me volví a pegar a la piedra, devolviéndome un par de metros.

Treparme resultaba más difícil de lo que podría imaginar. Ahora me encontraba ahí, en la mitad de la pared, a unos ocho metros del piso, apenas sosteniéndome de una pequeña grieta y sin nadie a quién pedirle auxilio.

Intenté bajarme, pero no pude. Resultaba más peligroso aún bajarme que subirme y abajo, al pie de la piedra, había unas rocas filosas que me llenaban de espanto.

Tomé aire y decidí intentarlo otra vez. Me agarré muy fuertemente de una saliente y adelanté los pies lo más que pude, entonces me apoyé lo suficiente como para pegarme al techo y me abalancé sobre la fuerza de mis brazos. Poco a poco fui subiendo hasta quedar sobre la repisa, luego debí trepar otros cuantos metros por una grieta y finalmente pude tocar el borde de la entrada, me asomé y en efecto, se trataba de un hueco diminuto, aunque más allá, en el fondo, parecía haber algo.

Tuve que dejar la cuerda para continuar, pues la entrada era muy estrecha.

Sentí miedo, mucho miedo, porque estaba solo y nadie sabía a dónde había ido, pero me encontraba tan cerca de descubrir algo que no podía detenerme, así que continué.

Las cosas se pusieron muy incómodas a medida que avanzaba y entonces, no sé cómo o en qué momento me corté la mano al estirarme para poder ingresar a la cámara. Era un objeto muy filoso que me causó sangrado inmediato

de manera que no me quedó otra que envolverme la cortadura con un trozo de camisa.

Estaba a punto de entrar y me encontraba notablemente incómodo, incluso, sangrando, pero no podía dar marcha atrás. Un poco más adelante encontré unas flechas cuidadosamente incrustadas a la roca que no me permitían pasar, así que desmonté las flechas una a una, hasta que pude entrar a la cámara. Lo que encontré, me dejó sin palabras.

Vi a varias momias envueltas en telas cuidadosamente bordadas, al observarlas detenidamente pude darme cuenta de que los extremos de las mantas estaban tejidos con oro y que las momias depositadas en aquellas cavernas poseían diferentes objetos preciosos como collares y artículos de muy alto valor pues la mayoría estaban hechos de oro.

Sin duda, era el más grande descubrimiento arqueológico de Colombia y yo apenas si podía ver con el rayito de luz que me daba la linterna.

Dentro de los artículos de oro que encontré pude ver un muy bonito collar que tenía una esmeralda en el centro. Era una joya preciosa, pero no terminé de maravillarme cuando vi una vasija de arcilla con motivos angulares de color rojo que contenía numerosas pepitas de oro que parecían recién sacadas del río.

Todo ese tesoro evidenciaba el intercambio comercial con muchas otras culturas de otras partes del país, eso era tan evidente como los caracoles marinos que componían algunos collares hechos por las tribus del Tayrona o el

caballito de mar fosilizado y amarrado a un hilo de fique que tenía una de las momias en la mano. Lo cierto es que aquella tumba, en la que incluso podía ponerme de pie, era un tesoro inimaginable.

La única explicación que se me ocurre para entender el origen de tan preciado tesoro es el comercio de textiles con otras regiones, pues resulta evidente que era un arte bastante avanzado por parte de la cultura Guane que posiblemente pudo permitirle al cacique consolidar su propio tesoro.

Inferí que las dos momias que estaban en la entrada pudieron ser unos soldados, sobre todo porque no tienen mortajas y están rodeados de armas como lanzas, flechas y lanzaderas.

Más a dentro estaban las dos momias amortajadas en preciosas telas que, como se ha dicho, incluso tenían oro entre sus tejidos. Los dos cráneos estaban deformados y aún conservaban abundantes cabelleras que sobresalían sobre las mortajas. Supongo que eran mujeres, aunque la verdad es que no tenía forma de saberlo. Alrededor de esas dos momias que estaban ubicadas una al lado de la otra, pude observar muchos objetos preciosos como agujas de oro, hermosísimas conchas de caracol e incluso terrones de sal.

La mano no paraba de sangrar y muy por el contrario empecé a sentir cierta comezón que me llenó de angustia.

Me sentí asfixiado y la iluminación era tan pobre que tuve pánico. Estaba entre cadáveres que tenían cientos de

años y la luz de la linterna se desvanecía con el descargarse de las baterías, sin embargo, algo me motivó a seguir entrando de manera que me di cuenta de que en el fondo de la cámara se podía ver diferentes tipos de cerámicas que contenían más tesoros, empezando por la sal, y por tantos otros recipientes en los que creí ver maíz, hormigas culonas y oro.

Me di cuenta de que toda la pared estaba pintada de figuras con paralelogramos de color rojo, intenté hacer el dibujo en mi agenda aunque sentía calor y me empezaba a encontrar mareado.

La sangre no paraba de correr y la herida no dejaba de picarme así que decidí regresar. Entonces me di cuenta de que los rayos del sol empezaron a filtrarse por la abertura de la cueva, pues ahora entraba un hilito de luz desde afuera que se proyectaba en una de las paredes y que permitía ver con exactitud la totalidad de la cámara mortuoria.

En efecto, aquel lugar era mucho más amplio de lo que había imaginado y sus riquezas me resultaron incalculables, además, había telas con diferentes imágenes que muy seguramente querían decir algo. ¿Sería un primitivo sistema de escritura? ¿O a lo mejor no eran más que motivos alegres de caza y pesca hechos con fines decorativos?, también había algunas líneas pintadas en las paredes que se me figuraron como una especie de mapa sobre la meseta.

A medida que el tiempo pasaba sentía más deseos de salir de aquel lugar, quizá por el calor estaba empezando a sentir náuseas, quizá era el aire o a lo mejor era todo junto, lo cierto es que debía salir lo más rápido posible.

Caminé hacia la entrada pero tropecé con una piedra y me fui de bruces. Al voltearme me quedé inmóvil pues pude ver el paralelogramo que usualmente estampaban los Guane en sus telas y vasijas, el mismo simbolito que doña Vicenta le hace a los bordes de las cobijas, proyectado en la pared de la cueva, era la porción de luz precisa que pasaba por la abertura y que a las 5 de la tarde se reflejaba sobre la máscara de oro y esmeraldas más hermosa que cualquier ser humano hubiera podido jamás observar. Todo un espectáculo, pues las esmeraldas proyectaban los rayos del sol iluminando todo el lugar con una brillante luz verde.

No me había dado cuenta, pero en efecto, en el fondo de la cueva yacía la momia más ricamente adornada que alguien pudo haber imaginado, basta con decir que las mantas con las que estaba envuelta tenían parte oro, algodón y fique, además, la mortaja poseía numerosos alfileres de oro y plata que revelaban la importancia del difunto, pero lo más sorprendente de todo era la máscara mortuoria de oro y esmeraldas.

Sonreí porque supe que quizá aquellos paralelogramos de la cerámica que tanto había observado no eran otra cosa que un homenaje a la tumba de tan notable personaje.

Al parecer ese era un secreto que todos sabían, pero que se había perdido en el tiempo. Entonces empecé a vomitar. Algo no estaba bien conmigo, el dolor de la cortada se hace insoportable y ahora ni siquiera puedo ponerme de pie.

Tengo miedo, no quiero morir en esta tumba, intento arrastrarme por la pequeñísima entrada pero no puedo, me siento débil y no encuentro la manera de llegar hasta arriba. Lo intento una vez más pero me corto los dedos de la otra mano con una de esas filosas lanzas.

Siento claustrofobia en el pasadizo así que me devuelvo a la cámara, allí las calaveras de las momias me miran en una mueca de espanto.

Tengo miedo, no quiero morir.

Estoy perdiendo la conciencia, al parecer las flechas con las que me corté estaban untadas de veneno. Veneno, eso explica el ardor en los huesos y las náuseas. Me revuelco sobre la tierra, escupo babaza y cada vez brilla más aquella máscara mortuoria hecha de esmeraldas.

Siento que me muero, y ahora que me despido de la vida veo mi existencia como una historia que pasa ante mis ojos y se desvanece. Intento anotar algo en mi agenda pero el lápiz se me cae.

Me aferro a la vida con el recuerdo. El hijo de la lavandera..., nadie podría imaginar que fue el descubridor del máspreciado tesoro precolombino en la historia de Colombia, aunque, a la final, nadie lo sabrá jamás.

Mis manos no responden, estoy temblando y sudando en la mitad de la cámara mortuoria. Intento recordar mis oraciones, le pido a Dios que perdone mis pecados, mis manías, y entonces, justo antes de que desapareciera el último rayo de sol...

Esa misma noche las lluvias volvieron, y en poco tiempo la planta que custodiaba la abertura de la cueva reverdecíó, así que jamás se pudo volver a encontrar la entrada.

Esta obra fue inspirada por el informe del profesor Justus Wolfram Schottelius, sobre sus estudios realizados en el lugar arqueológico conocido como “La cueva de los Indios”, en la mesa de Los Santos, Santander, 1940.

“Entre Momias y Tumbas” fue escrita pensando en los jóvenes, con una narrativa ágil y juvenil, que desarrolla una temática que gira en torno a la identidad, las culturas precolombinas colombianas, en especial la “Guane” y al reconocimiento del patrimonio cultural tanto de los santandereanos como de los colombianos, naturalmente sin dejar de lado la aventura y la ficción.

(Sic)
Editorial

Proyecto Cultural de
Sistemas y Computadores S.A.

ISBN: 978-958-708-918-9



9 789587 089189